



Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror



Cultura Argentina



Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

Presidenta de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Vicepresidente de la Nación
Amado Boudou

Ministra de Cultura de la Nación
Teresa Parodi

Jefa de Gabinete
Verónica Fiorito

Secretario de Políticas Socioculturales
Franco Vitali

Coordinadora Programa Libros y Casas
Daniela Allerbon



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

Coordinación editorial

Daniela Allerbon

Edición

Bárbara Talazac, Pilar Amoia, Ariadna Castellarnau

Corrección

Gabriela Laster

Diseño de la colección

Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación

Jimena Celis

Digitalización

Centro de Microfilmación y Digitalización de la Biblioteca Nacional (Juan Abate, María Argüello, Agustina Beyda, Ignacio Gaztañaga y Karina Petroni)

Gestión de derechos de autor

Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro

Agradecimientos

Facundo Piperno, Laura Ponce, Patricio Vega, Melania Stucchi, Andrés Fogwill

Asesoramiento en selección de imagen de tapa

Dirección de Artes Visuales del Ministerio de Cultura de la Nación

Imagen de tapa

Agustín Sirai

Programa Libros y Casas

Libros y Casas es un programa que se lleva adelante desde el año 2007 con el objetivo de democratizar el acceso a los libros y promover la lectura tanto en el ámbito privado como en los espacios comunitarios a través de distintas actividades.

Hasta el momento ha entregado **cien mil bibliotecas** –un millón ochocientos mil libros– a cada una de las familias que recibieron viviendas de los **Programas Federales de Construcción de Viviendas** a lo largo de todo el país, y ha llevado adelante más de mil talleres de lectura. Se estima que el total de beneficiarios del programa alcanza el millón de personas.

Los textos fueron especialmente editados y seleccionados para que las familias cuenten con una biblioteca básica que incluye libros de ficción para grandes y chicos, libros ilustrados, de historieta, manuales, libros históricos y periodísticos.

El programa **Libros y Casas** ha sido tomado como modelo y fue replicado en Cuba (Bibliotecas Familiares) y en Chile (Maletín Literario). Su impacto en las prácticas de

lectura fue evaluado en el año 2008 a través de encuestas en 13 provincias. De la información recolectada se concluyó que la llegada de los libros impactó de manera positiva en los hogares, además de que gran parte de las familias contaban con menos de diez libros antes de recibir la biblioteca.

En 2015, de acuerdo con las nuevas prácticas surgidas a partir de los cambios en el acceso a las nuevas tecnologías y a su uso, el programa complementa sus acciones a través de una plataforma web y libros interactivos explotando nuevas herramientas para promocionar la lectura.

Esperamos que muchos viejos y nuevos lectores y lectoras disfruten de estos libros.

Cosas imposibles

Índice

11. Introducción

14. El aljibe / Mariana Enríquez

“Iban de vacaciones a Corrientes, a visitar a los tíos maternos, pero eso era solo una parte del gran motivo del viaje, que Josefina no podía adivinar”.

32. El escuerzo / Leopoldo Lugones

“Con un violento ademán abrió de par en par la caja. Lo que sintió fue de tal modo horrible que a los pocos meses murió víctima del espanto que le produjo”.

40. Después del cine / Amalia Jamilis

“—Los chicos no deben andar solos de noche —dictaminó la mujer. Recién entonces Misa reparó en que eran realmente muy viejos, más de lo que ella había visto nunca. Se apretó contra la pared y se cubrió la cara con las manos”.

48. Cuentos de la Negra Tomasa / Alberto Laiseca

“Como a los treinta años de este sucedido se metió a vivir en ese lugar abandonado, que todos tenían por lugar de fantasmas, una mujer joven con un crío de teta. Chiquito”.

52. Ágata / Patricia Suárez

“Nadie parecía entender que ella no los recordaba; nadie se había tomado el trabajo de advertirlos”.

74. La soga / Silvina Ocampo

“Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la soga; ahora podía hacer con ella lo que quisiera”.

-
- 78. El herrero Miseria / Ricardo Güiraldes**
“San Pedro, que se había acomodaoatrás de Miseria, le sopló:
—Pedí el Paraíso.
—Cayate, viejo —le contestó por lo bajo Miseria...”.
- 92. Los buques suicidantes / Horacio Quiroga**
“Todos, sin saber lo que hacían, se habían arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo moroso que flotaba en el buque”.
- 98. El poncho de vicuña / Godofredo Daireaux**
“—¿Quién habla?
El gaucho, sospechando que algo pasaba que no se podía explicar, les dijo:
—Pero ¿no me ven ustedes? —Y la contestación, después de corta vacilación, fue la disparada rápida del matrimonio, y su desaparición en el rancho cuya puerta se cerró con estrépito”.
- 114. El gato cocido / Roberto Arlt**
“Yo viví un tiempo entre esa gente. Todos sus gestos transparentaban brutalidad a pesar de ser suaves. Jamás vi pupilas grises tan inmóviles y muertas”.
- 122. Los pasajeros del tren de la noche / Rodolfo Fogwill**
“Claro que nadie le iba a contar a Diego que lo estuvieron dando por muerto y que le habían hecho misas”.

Introducción

Lo fantástico está presente en la literatura de la misma manera que en la vida cotidiana. Se puede manifestar en cualquier tipo de obra y ocurre cuando el lector (o el personaje de una obra) se enfrenta a un hecho imposible de explicar.

Un hecho casual nos sorprende, nos perturba y nos obliga a preguntarnos hasta dónde llega nuestra percepción. Entonces dudamos, nos inquietamos. La duda es la esencia de lo fantástico y nace de la incógnita que cualquier relato fantástico deja siempre colgando en el aire, como un hilo de seda que jamás lograremos atrapar.

Julio Cortázar solía hablar del sentimiento de lo fantástico porque para él la vida estaba llena de intersticios, pequeños espacios por los cuales podía infiltrarse cualquier cosa inesperada o un elemento que no podía explicarse según las leyes de la inteligencia racional. Lo fantástico, por lo tanto, nos pone a prueba y nos sitúa en esa zona fronteriza de la existencia en la que no todas las explicaciones están dadas, en la que los misterios no tienen solución y en la que podemos vislumbrar brevemente el abismo de todo lo que no conocemos.

En 1940 Jorge Luis Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo publicaron *Antología de la literatura fantástica* que se transformó en la plataforma de lanzamiento de una forma de escribir en la literatura argentina. Las raíces de este florecimiento tienen que ver en gran parte con la asimilación en la literatura nacional de autores clásicos como Edgar Allan Poe (Estados Unidos, 1809-1949), Villiers de l'Isle Adam (Francia, 1838-1889), Prosper Merimée (Francia, 1803-1870), Ambrose Bierce (Estados Unidos, 1842-¿Méjico, 1914?) o Saki, seudónimo de Héctor Hugo Munro (Reino Unido, 1870-1916). Los relatos fantásticos no nos permiten huir mentalmente de la realidad, sino todo lo contrario: ponen en duda nuestros conceptos aprendidos y provocan una ruptura, un quiebre con el pensamiento tradicional. En otras palabras: lo fantástico refleja la incertidumbre de lo real, abre interrogantes donde antes había certezas.

La selección de autores que proponemos en esta antología abarca una extensa línea de tiempo y supone una representación de los mejores ejemplos narrativos del género fantástico en nuestro país. En “El herrero Miseria”, de Ricardo Güiraldes, nos encontramos con la clásica fábula de un pobre hombre que pacta con el diablo, trasladada a la pampa. Si de finales aterradores se trata, el lector de esta antología pasará miedo de verdad con “Cuentos de la Negra Tomasa”, de Alberto Laiseca, y “El aljibe”, de Mariana Enríquez, dos autores muy distintos entre sí pero que encarnan lo mejor del género de terror en nuestro país. La extraña confluencia entre lo real y lo fantástico aparece en los relatos dos autoras argentinas: Amalia Jamilis, “Después del cine”, y Patricia Suárez, “Ágata”.

A la vez universales y locales, todos estos autores generan mundos propios que toman elementos de la realidad para presentarlos en un nuevo orden. Así es como logran modificar los límites de nuestra percepción y nuestras concepciones estables, arrastrándonos hacia el otro lado del espejo, aquel en el que habita todo lo que no cabe en nuestra breve, endeble y frágil vida cotidiana.

“El aljibe es un cuento perfecto [...]. No es común que un relato fantástico sea también un retrato social y psicológico y que ambas vertientes se potencien, desborden tanto el realismo como el género y se intercambien resonancias y fantasmas”.

Quintín

Mariana Enríquez

Buenos Aires, 1973

Periodista y narradora argentina. Forma parte del grupo de escritores conocido como “nueva narrativa argentina”. Se ha desempeñado profesionalmente como periodista y columnista en medios gráficos, como el suplemento *Radar* del diario *Página/12* (del que es subeditora). En 1994 publicó su novela *Bajar es lo peor*. Su libro *Los peligros de fumar en la cama* reúne doce cuentos de terror.

El aljibe

*I am terrified by this dark thing
That sleeps in me;
All day I feel its soft, feathery turnings, its malignity.*

Estoy aterrorizada por esta cosa oscura
que duerme en mí;
todo el día siento sus giros suaves, como de pluma, su malignidad.

Sylvia Plath

JOSEFINA RECORDABA EL CALOR Y EL HACINAMIENTO dentro del Renault 12 como si el viaje hubiera sucedido apenas unos días atrás y no cuando ella tenía seis años, poco días después de Navidad, bajo el asfixiante sol de enero. Su padre manejaba, casi sin hablar; su madre iba en el asiento de adelante y, en el de atrás, Josefina había quedado atrapada entre su hermana y su abuela Rita, que pelaba mandarinas e inundaba el auto con el olor de la fruta recalentada. Iban de vacaciones a Corrientes, a visitar a los tíos maternos, pero eso era solo una parte del

gran motivo del viaje, que Josefina no podía adivinar. Recordaba que ninguno hablaba mucho; su abuela y su madre llevaban anteojos oscuros y solo abrían la boca para alertar sobre algún camión que pasaba demasiado cerca del auto, o para pedirle a su padre que disminuyera la velocidad, tensas y alertas a la espera de un accidente.

Tenían miedo. Siempre tenían miedo. En verano, cuando Josefina y Mariela querían bañarse en la Pelpincho, la abuela Rita llenaba la pileta con apenas diez centímetros de agua y vigilaba cada chapoteo sentada en una silla bajo la sombra del limonero del patio, para llegar a tiempo si sus nietas se ahogaban. Josefina recordaba que su madre lloraba y llamaba a médicos y ambulancias de madrugada si ella o su hermana tenían unas líneas de fiebre. O las hacía faltar a la escuela ante un inofensivo catarro. Nunca les daba permiso para dormir en casa de amigas, y apenas las dejaba jugar en la vereda; si lo hacía, podían verla vigilándolas por la ventana, escondida detrás de las cortinas. A veces Mariela lloraba de noche diciendo que algo se movía debajo de su cama, y nunca podía dormir con la luz apagada. Josefina era la única que nunca tenía miedo, como su madre. Hasta aquel viaje a Corrientes.

Apenas recordaba cuántos días habían pasado en casa de los tíos, ni si habían ido a la Costanera o a caminar por la peatonal. Pero se acordaba perfectamente de la visita a la casa de doña Irene. Ese día el cielo estaba nublado, pero el calor era pesado, como siempre en Corrientes antes de una tormenta. Su padre no las había acompañado; la casa de doña Irene quedaba cerca de la de los tíos, y las cuatro habían ido caminando acompañadas de la tía Clarita. No

la llamaban bruja, le decían La Señora; su casa tenía un patio delantero hermoso, un poco demasiado recargado de plantas, y casi en el centro había un aljibe pintado de blanco; cuando Josefina lo vio se soltó de la mano de su abuela y corrió ignorando los aullidos de pánico para verlo de cerca y asomarse al pozo. No pudieron detenerla antes de que viera el fondo y el agua estancada en lo profundo.

Su madre le dio un cachetazo que la habría hecho llorar si Josefina no hubiera estado acostumbrada a esos golpes nerviosos que terminaban en llantos y abrazos y “mi nenita, mi nenita, mirá si te pasa algo”. Algo como qué, había pensado Josefina. Si ella nunca había pensado en tirarse. Si nadie iba a empujarla. Si ella solo quería ver si el agua reflejaba su cara, como siempre sucedía en los aljibes de los cuentos, su cara como una luna con cabello rubio en el agua negra.

Josefina la había pasado bien esa tarde en casa de La Señora. Su madre, su abuela y su hermana, sentadas sobre banquetas, habían dejado que Josefina curioseara las ofrendas y chucherías que se amontonaban frente a un altar; la tía Clarita, respetuosa, esperaba mientras tanto en el patio, fumando. La Señora hablaba, o rezaba, pero Josefina no podía recordar nada extraño, ni cánticos, ni humaredas, ni siquiera que tocara con las manos a su familia. Solamente les susurraba lo suficientemente bajo como para que ella no pudiera escuchar lo que decía, pero no le importaba: sobre el altar descubría escarpines de bebé, ramos de flores y ramas secas, fotografías en color y blanco negro, cruces decoradas con lazos rojos, estampitas de santos, muchos rosarios -de plástico,

de madera, de metal plateado – y la fea figura del santo al que su abuela le rezaba, San La Muerte, un esqueleto con su guadaña, repetida en diferentes tamaños y materiales, algunas veces tosco, otras tallado al detalle, con los huecos de los globos oculares negrísimos y la sonrisa amplia.

Al rato, Josefina se aburrió y La Señora le dijo: “Chiquita, por qué no te acostás en el sillón, andá”. Ella lo hizo y se durmió al instante, sentada. Cuando despertó, ya era de noche y la tía Clarita se había cansado de esperar. Tuvieron que volver caminando solas. Josefina se acordaba de que, antes de salir, había tratado de volver a mirar dentro del aljibe, pero no se había animado. Estaba oscuro y la pintura blanca brillaba como los huesos de San La Muerte; era la primera vez que sentía miedo. Volvieron a Buenos Aires pocos días después. La primera noche en casa, Josefina no había podido dormir cuando Mariela apagó el velador.

Mariela dormía tranquilamente en la camita de enfrente, y ahora el velador estaba en la mesa de luz de Josefina, que recién tenía sueño cuando las agujas fosforescentes del reloj de Hello Kitty marcaban las tres o las cuatro de la madrugada. Mariela se abrazaba a un muñeco y Josefina veía que los ojos de plástico brillaban humanos en la semioscuridad. O escuchaba cantar un gallo en plena noche y recordaba –pero ¿quién se lo había dicho?– que ese canto, a esa hora, era señal de que alguien iba a morir. Y debía ser ella, así que se tomaba el pulso –había aprendido a hacerlo viendo a su madre, que siempre les

controlaba la frecuencia de los latidos cuando tenían fiebre-. Si eran demasiado rápidos, tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a llamar a sus padres para que la salvaran. Si eran lentos, se apoyaba la mano en el pecho para controlar que el corazón no se detuviera. A veces se dormía contando, atenta al minutero. Una noche había descubierto que la mancha de revoque en el techo, justo sobre su cama -el arreglo de una gotera- tenía forma de rostro con cuernos, la cara del diablo. Eso sí se lo había dicho a Mariela; pero su hermana, riéndose, dijo que las manchas eran como las nubes, que se podían ver distintas formas si uno las miraba demasiado. Y que ella no veía ningún diablo, le parecía un pájaro sobre dos patas. Otra noche había escuchado el relincho de un caballo o un burro... pero las manos le empezaron a transpirar cuando pensó que debía ser el Alma Mula, el espíritu de una muerta que transformado en mula no podía descansar y salía a trotar de noche. Eso se lo había contado a su padre; él le besó la cabeza, dijo que eran pavadas y a la tarde lo había escuchado gritarle a su madre: “¡Que tu vieja dejé de contarle pelotudeces a la nena! ¡No quiero que le llene la cabeza, ignorante supersticiosa de mierda!”. La abuela negaba haberle contado nada, y no mentía. Josefina no tenía idea de dónde había sacado esas cosas, pero sentía que las sabía, como sabía que no podía acercar la mano a una hornalla encendida sin quemarse, o que en otoño tenía que ponerse un saquito sobre la remera porque de noche refrescaba.

Años después, sentada frente a uno de sus tantos psicólogos, había tratado de explicarse y racionalizar cada miedo: lo que Mariela había dicho del revoque podía ser

cierto, a lo mejor le había escuchado contar esas historias a la abuela porque eran parte de la mitología correntina, a lo mejor un vecino del barrio tenía un gallinero, a lo mejor la mula era de los botelleros que vivían a la vuelta. Pero no creía en las explicaciones. Su madre solía ir a las sesiones y explicaba que ella y su madre eran “ansiosas” y “fóbicas”, que por cierto podían haberle contagiado esos miedos a Josefina; pero se estaban recuperando, y Mariela había dejado de sufrir terrores nocturnos, así que “lo de Jose” sería cuestión de tiempo.

Pero el tiempo fueron años, y Josefina odiaba a su padre porque un día se había ido dejándola sola con esas mujeres que ahora, después de años de encierro, planeaban vacaciones y salidas de fin de semana mientras ella se mareaba cuando llegaba a la puerta; odiaba haber tenido que dejar la escuela y que su madre la acompañara a rendir los exámenes cada fin de año; odiaba que los únicos chicos que visitaban su casa fueran amigos de Mariela; odiaba que hablaran de “lo de Jose” en voz baja, y sobre todo odiaba pasarse días en su habitación leyendo cuentos que de noche se transformaban en pesadillas. Había leído la historia de Anahí y la flor del ceibo, y en sueños se le había aparecido una mujer envuelta en llamas; había

_____ leído sobre el urutau, y ahora antes de dormirse escuchaba al pájaro, que en realidad era una chica muerta, llorando cerca de su ventana. No podía ir a La Boca porque le parecía que debajo de la superficie del riachuelo negro había cuerpos sumergidos que seguro intentarían salir cuando ella estuviera cerca de la orilla. Nunca dormía con una pierna destapada porque esperaba la mano fría que la rozara. Cuando su madre

Urutau
Ave
nocturna.

tenía que salir, la dejaba con la abuela Rita; y si se retrasaba más de media hora, Josefina vomitaba porque la tardanza solo podía significar que se había muerto en un accidente. Pasaba corriendo frente al retrato del abuelo muerto al que jamás había conocido porque podía sentir cómo la seguían sus ojos negros, y nunca se acercaba al cuarto donde estaba el viejo piano de su madre porque sabía que cuando nadie lo tocaba, se ocupaba de hacerlo el diablo.

* * *

Desde el sillón, con el pelo tan grasoso que parecía siempre húmedo, veía pasar el mundo que se estaba perdiendo. Ni siquiera había ido al cumpleaños de quince de su hermana, y sabía que Mariela se lo agradecía. Iba de un psiquiatra a otro desde hacía tiempo, y ciertas pastillas le habían permitido empezar la secundaria, pero solo hasta tercer año, cuando había descubierto que en los pasillos del colegio se escuchaban otras voces bajo el murmullo de los chicos que planeaban fiestas y borracheras; cuando desde adentro del baño, mientras hacía pis, había visto pies descalzos caminando por los azulejos y una compañera le dijo que debía ser la monja suicida que años atrás se había colgado del mástil. Fue inútil que su madre y la directora y la psicopedagoga le dijeran que ninguna monja se había matado jamás en el patio; Josefina ya tenía pesadillas sobre el Sagrado Corazón de Jesús, sobre el pecho abierto de Cristo que en sueños sangraba y le empapaba la cara, sobre Lázaro, pálido y podrido levantándose de una tumba entre las rocas, sobre ángeles que querían violarla.

Así que se había quedado en casa, y de vuelta a rendir materias cada fin de año con certificado médico. Y mientras tanto Mariela volvía de madrugada en autos que frenaban en la puerta, y se escuchaban los gritos de los chicos al final de una noche de aventuras que Josefina ni siquiera podía imaginar. Envidiaba a Mariela incluso cuando su madre le gritaba porque la cuenta del teléfono era impagable; si ella solo hubiera tenido alguien con quien hablar. Porque no le servía el grupo de terapia, todos esos chicos con problemas reales, con padres ausentes o infancias llenas de violencia que hablaban de drogas y sexo y anorexia y desamor. Y sin embargo seguía yendo, siempre en taxi, de ida y de vuelta, y el taxista tenía que ser siempre el mismo, y esperarla en la puerta, porque se mareaba y los latidos de su corazón no la dejaban respirar si se quedaba sola en la calle. No había subido a un colectivo desde aquel viaje a Corrientes y la única vez que había estado en el subterráneo gritó hasta quedarse afónica, y su madre tuvo que bajarse en la estación siguiente; esa vez la había zamarreado y arrastrado por las escaleras, pero a Josefina no le importó porque tenía que salir de cualquier manera de ese encierro, ese ruido, esa oscuridad serpenteante.

* * *

Las pastillas nuevas, celestes, casi experimentales, relucientes como recién salidas del laboratorio, eran fáciles de tragiar y en apenas un rato lograban que la vereda no pareciera un campo minado; hasta la hacían dormir sin sueños que pudiera recordar, y cuando apagó el velador

una noche, no sintió que las sábanas se enfriaban como una tumba. Seguía teniendo miedo, pero podía ir al kiosko sola sin la seguridad de morir en el trayecto. Mariela parecía más entusiasmada que ella. Le propuso salir juntas a tomar un café, y Josefina se atrevió –en taxi ida y vuelta, eso sí–; esa tarde había podido hablar como nunca con su hermana, y se sorprendió planeando ir al cine (Mariela prometió salir en mitad de la película si hacía falta) y hasta confesando que a lo mejor tenía ganas de ir a la facultad, si en las aulas no había demasiada gente y las ventanas o puertas le quedaban cerca. Mariela la abrazó sin vergüenza, y al hacerlo tiró una de las tazas de café al piso, que se partió justo a la mitad. El mozo juntó los restos sonriente, y cómo no, si Mariela era hermosa con sus mechones de pelo rubio sobre la cara, los labios gruesos siempre húmedos y los ojos apenas delineados de negro para que el verde del iris hipnotizara a los que la miraban.

Salieron varias veces más a tomar café –lo del cine nunca pudo concretarse– y una de esas tardes, Mariela le trajo los programas de varias carreras que podían gustarle a Josefina –Antropología, Sociología, Letras–. Pero parecía inquieta, y ya no con el nerviosismo de las primeras salidas, cuando debía estar preparada para llamar de urgencia a un taxi –o a una ambulancia, en el peor de los casos– para llevar a Josefina de vuelta a casa o a la guardia de un hospital. Acomodó los mechones de largo pelo rubio detrás de las orejas y encendió un cigarrillo.

–Jose –le dijo–. Hay una cosa.

–¿Qué?

—¿Te acordás cuando viajamos a Corrientes? Vos tendrías seis años, yo ocho...

—Sí.

—Buen, ¿te acordás que fuimos a una bruja? Mamá y la abuela fueron porque ellas eran como vos, así, tenían miedo todo el tiempo, y se fueron a curar.

Josefina ahora la escuchaba atentamente. El corazón le latía muy rápido, pero respiró hondo, se secó las manos en los pantalones y trató de concentrarse en lo que decía su hermana, como le había recomendado su psiquiatra (“Cuando viene el miedo”, le había dicho, “prestale atención a otra cosa. Cualquier cosa. Fijate qué está leyendo la persona que tenés al lado. Leé los carteles de las publicidades, o contá cuántos autos rojos pasan por la calle”).

—Y yo me acuerdo que la bruja dijo que podían volver si les pasaba otra vez. A lo mejor podrías ir. Ahora que estás mejor. Yo sé que es una locura, parezco la abuela con sus boludeces de la provincia, pero a ellas se les pasó, ¿o no?

—Mariel, yo no puedo viajar. Vos sabés que no puedo.

—¿Y si yo te acompañó? Me la banco, en serio. Lo planeamos bien.

—No me animo. No puedo.

—Buen. Si te animás, pensalo, qué sé yo. Yo te ayudo, en serio.

La mañana que intentó salir de la casa para ir a anotarse en la facultad, Josefina descubrió que el trayecto de la puerta al taxi le resultaba infranqueable. Antes de poner

un pie en la vereda le temblaban las rodillas, y ya lloraba. Hacía varios días que notaba un estancamiento y hasta un retroceso en el efecto de las pastillas; había vuelto esa imposibilidad de llenar los pulmones, o mejor, esa atención obsesiva que le prestaba a cada inspiración, como si tuviera que controlar la entrada de aire para que el mecanismo funcionara, como si se estuviera dando respiración boca a boca para mantenerse viva. Otra vez se paralizaba ante el menor cambio de lugar de los objetos de su habitación, otra vez tenía que encender ya no solo la luz del velador, sino el televisor y la lámpara de techo para dormir, porque no soportaba ni una sola sombra. Esperaba cada síntoma, los reconocía; pero por primera vez sentía algo por debajo de la resignación y la desesperación. Estaba enojada. También estaba agotada, pero no quería volver a la cama a tratar de controlar los temblores y la taquicardia, ni arrastrarse hasta el sillón en pijama para pensar en el resto de su vida, en un futuro de hospital psiquiátrico o enfermeras privadas, porque no podía recurrir al suicidio, ¡si tenía tanto miedo de morirse!

En cambio, empezó a pensar en Corrientes y en La Señora. Y en cómo era la vida en su casa antes del viaje. Recordó a su abuela llorando en cuclillas al lado de la cama, rezando para que parara la tormenta, porque le tenía miedo a los rayos, a los truenos, a los relámpagos, incluso a la lluvia. Recordó que su madre miraba por la ventana con ojos desorbitados cada vez que se inundaba la calle, y cómo gritaba que se iban a ahogar todos si no bajaba el agua. Recordó que Mariela nunca quería ir a jugar con los hijos de los vecinos, ni siquiera cuando la venían a buscar, y se abrazaba a sus muñecos como

si temiera que se los robaran. Se acordó de que su padre llevaba a su madre una vez por semana al psiquiatra, y que ella siempre volvía semidormida, directo a la cama. Y hasta se acordó de doña Carmen, que se encargaba de hacerle los mandados y cobrarle la jubilación a su abuela, que no quería –no podía, ahora Josefina lo sabía– salir de la casa. Doña Carmen llevaba diez años muerta, dos más que su abuela, y después del viaje a Corrientes solo la visitaba para tomar el té, porque todos los encierros y terrores se habían terminado. Para ellas. Porque para Josefina, recién empezaban.

¿Qué había pasado en Corrientes? ¿La Señora se había olvidado de “curarla” a ella? Pero, si no tenía que curarla de nada, si Josefina no tenía miedo. Pero entonces, si poco después había empezado a padecer lo mismo que las otras, ¿por qué no la habían llevado con La Señora? ¿Porque no la querían? ¿Y si Mariela se equivocaba? Josefina empezó a comprender que el enojo era el límite, que si no se aferraba al enojo y lo dejaba llevarla hasta un micro de larga distancia, hasta La Señora, nunca podría salir de ese encierro, y que valía la pena morir intentándolo.

Esperó a Mariela despierta una madrugada, y le hizo un café para despejarla.

—Mariel, vamos. Me animo.

—¿Adónde?

Josefina tuvo miedo de que su hermana retrocediera, retirara el ofrecimiento, pero se dio cuenta de que no le entendía solo porque estaba bastante borracha.

—A Corrientes, a ver a la bruja.

Mariela la miró completamente lúcida de golpe.

—¿Estás segura?

—Ya lo pensé, tomo muchas pastillas y duermo todo el camino. Si me pongo mal... me das más. No hacen nada. Como mucho, dormiré un montón.

* * *

Josefina subió casi dormida al micro; lo esperó al lado de su hermana en un banco, roncando con la cabeza apoyada sobre el bolso. Mariela se había asustado cuando la vio tomar cinco pastillas con un trago de Seven-Up, pero no le dijo nada. Y funcionó, porque Josefina despertó recién en la terminal de Corrientes, con la boca llena de sabor ácido y dolor de cabeza. Su hermana la abrazó durante todo el viaje en taxi hasta la casa de los tíos, y Josefina intentó no partirse los dientes de tanto rechinárselos. Se fue directo a la pieza de la tía Clarita, que las esperaba, y no aceptó comida ni bebida ni visitas de parientes; apenas podía abrir la boca para tragarse las pastillas, le dolían las mandíbulas y no podía olvidar la ráfaga de odio y pánico en los ojos de su madre cuando le dijo que se iba a buscar a la bruja, ni de cómo le había dicho: “Sabés bien que es al pedo” con tono triunfal. Mariela le había gritado “yegua hija de puta”, y no quiso escuchar ninguna explicación; encerrada en la habitación con Josefina, se quedó toda la noche despierta sin hablar, fumando, eligiendo remeras y pantalones frescos para el calor de Corrientes. Cuando salieron para la terminal, Josefina ya estaba drogada, pero bastante consciente como para notar que su madre no había salido de su pieza para despedirlas.

La tía Clarita les dijo que La Señora seguía viviendo en el mismo lugar, pero estaba muy vieja y ya no atendía

a la gente. Mariela insistió: solo para verla habían venido a Corrientes, y no se iban a ir hasta que las recibiera. En los ojos de Clarita asomaba el mismo miedo que en los de su madre, se dio cuenta Josefina. Y también supo que no las iba a acompañar, así que apretó el brazo de Mariela para interrumpir sus gritos (“¡Pero qué mierda te pasa, por qué vos tampoco la querés ayudar, no ves cómo está!”) y le susurró: “Vamos solas”. En las tres cuadras hasta la casa de La Señora, que le parecieron kilómetros, Josefina pensó en ese “¡no ves cómo está!” y se enojó con su hermana. Ella también podría ser linda si no se le cayera el pelo, si no tuviera esas aureolas sobre la frente que dejaban ver el cuero cabelludo; podría tener esas piernas largas y fuertes si fuera capaz de caminar al menos una vuelta manzana; sabría cómo maquillarse si tuviera para qué y para quién; sus manos serían bellas si no se comiera las uñas hasta la cutícula; su piel sería dorada como la de Mariela si el sol la tocara más seguido. Y no tendría los ojos siempre enrojecidos y las ojeras si pudiera dormir o distraerse con algo más que la televisión o Internet.

Mariela tuvo que aplaudir en el patio de La Señora para que abriera la puerta porque la casa no tenía timbre. Josefina miró el jardín, ahora muy descuidado, las rosas muertas de calor, las azucenas exangües, las plantas de ruda por todas partes, crecidas hasta alturas insólitas. La Señora apareció en el umbral cuando Josefina localizó el aljibe, casi oculto entre pastos, la pintura blanca tan descascarada que era posible ver los ladrillos rojos debajo.

La Señora las reconoció enseguida, y las hizo pasar. Como si las esperara. El altar seguía en pie, pero tenía el triple de ofrendas, y un San La Muerte enorme, del

tamaño de un crucifijo de iglesia; dentro de los ojos huecos brillaban luces intermitentes, seguramente de una guirnalda eléctrica navideña. Quiso sentar a Josefina en el mismo sillón donde se había dormido casi veinte años atrás, pero tuvo que correr a buscar un balde, porque habían empezado las arcadas; Josefina vomitó fluidos intestinales y sintió que el corazón le obturaba la garganta, pero La Señora le puso una mano en la frente.

—Respirá hondo, criatura, respirá.

Josefina le hizo caso, y por primera vez en muchos años volvió a sentir el alivio de los pulmones llenos de aire, libres, ya no atrapados detrás de las costillas. Tuvo ganas de llorar, de agradecerle; tuvo la seguridad de que La Señora la estaba curando. Pero cuando levantó la cabeza para mirarla a los ojos, tratando de sonreír con los dientes apretados, vio pena y arrepentimiento en La Señora.

—Nena, no hay nada que hacerle. Cuando te trajeron acá, ya estaba listo. Lo tuve que tirar al aljibe. Yo sabía que los santitos no me lo iban a perdonar, que Añá te iba a traer de vuelta.

Josefina negó con la cabeza. Se sentía bien. ¿Qué quería decirle? ¿Estaría de verdad vieja y ya loca, como había dicho la tía Clarita? Pero La Señora se levantó suspirando, se acercó al altar y trajo de vuelta una foto vieja. La reconoció: su madre y su abuela, sentadas en un sillón, y entre ellas Mariela a la derecha y un hueco a la izquierda, donde debía estar Josefina.

—Me dieron una pena, una pena. Las tres con malos pensamientos, con carne de gallina, con un daño de muchos años. Yo me sobresaltaba de mirarlas nomás, eructaba, no les podía sacar de adentro los males.

Añá

En la mitología guaraní, genio del mal.

—¿Qué males?

—Males viejos, nena, males que no se pueden decir.

—La Señora se santiguó—. Ni el Cristo de las Dos Luces podía con eso, no. Era viejo. Muy atacadas estaban. Pero vos nena no estabas. No estabas atacada. No sé por qué.

—¿Atacada de qué?

—¡Males! No se pueden decir. —La Señora se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, y cerró los ojos—. Yo no podía sacarles lo podrido y meterlo adentro mío porque no tengo esa fuerza, y no la tiene nadie. No podía fluidar, no podía limpiar. Podía nomás pasarlos, y los pasé. Te los pasé a vos, nena, cuando dormías acá. El Santito decía que no te iba a atacar tanto porque estabas pura vos. Pero el Santito me mintió, o yo no le entendí. Ellas te los querían pasar, que te iban a cuidar decían. Pero no te cuidaron. Y yo lo tuve que tirar. A la foto, la tiré al aljibe. Pero no se puede sacar. No te los puedo sacar nunca porque los males están en la foto tuya en el agua, y ya se habrá pudrido la foto. Ahí quedaron en la foto tuya, pegados a vos.

La Señora se tapó la cara con las manos. Josefina creyó ver que Mariela lloraba, pero no le prestó atención porque trataba de entender.

—Se quisieron salvar ellas, nena. Esta también. —Y señaló a Mariela—. Era chica pero era bicha, ya.

Josefina se levantó con el resto de aire que le quedaba en los pulmones, con la nueva fuerza que le endurecía las piernas. No iba a durar mucho, estaba segura, pero por favor que fuera suficiente, suficiente para correr hasta el aljibe y arrojarse al agua de lluvia y ojalá que no tuviera fondo, ahogarse ahí con la foto y la traición. La Señora

y Mariela no la siguieron, y Josefina corrió todo lo que pudo pero cuando alcanzó los bordes del aljibe las manos húmedas resbalaron, las rodillas se agarrotaron y no pudo, no pudo trepar, y apenas alcanzó a ver el reflejo de su cara en el agua antes de caer sentada entre los pastos crecidos, llorando, ahogada, porque tenía mucho mucho miedo de saltar.



Este cuento se publicó en *Los peligros de fumar en la cama*.

Si te gustó...

Otra vuelta de tuerca, de Henry James; *Cementerio de animales*, de Stephen King; *El resplandor*, dirigida por Stanley Kubrick; *Los otros*, dirigida por Alejandro Amenábar; *Los expedientes secretos X*, dirigida por Chris Carter; *Cuentos asombrosos*, dirigida por Steven Spielberg.

“La literatura era uno de los espacios de esa disputa simbólica, de la definición de ese ser; quién entraba, quién quedaba afuera, a quién le correspondían la gloria y las riquezas. A un siglo de Independencia, la Nación y el Estado requerían un ‘poeta nacional’: a eso se abocó Leopoldo Lugones. Y le salió bien. Tramó su apellido con la historia de la literatura argentina. Y, más trágicamente, con la historia argentina a secas”.

Gabriela Cabezón Cámara

Leopoldo Lugones

Córdoba, 1874–Buenos Aires, 1938

Escritor, poeta, periodista y político argentino. Sus aportes críticos literarios fueron fundamentales para que el personaje de Miguel Hernández, el gaucho Martín Fierro, fuera el héroe épico de la literatura nacional. Entre sus obras cabe destacar *Lunario sentimental* (1909), *Historia de Sarmiento* (1911), *La guerra gaucha* (1905) y *Las fuerzas extrañas* (1906). Sus posturas políticas golpistas lo convirtieron en un personaje controvertido y polémico. Leopoldo Lugones se suicidó en un recreo de Tigre el 18 de febrero de 1938.

El escuerzo

UN DÍA DE TANTOS, JUGANDO EN LA QUINTA DE la casa donde habitaba la familia, di con un pequeño sapo que, en vez de huir como sus congéneres más corpulentos, se hinchó extraordinariamente bajo mis pedradas. Horrorizábanme los sapos y era mi diversión aplastar cuantos podía. Así es que el pequeño y obstinado reptil no tardó en sucumbir a los golpes de mis piedras. Como todos los muchachos criados en la vida semicampestre de nuestras ciudades de provincia, yo era un sabio en lagartos y sapos. Además, la casa estaba situada cerca de un arroyo que cruza la ciudad, lo cual contribuía a aumentar la frecuencia de mis relaciones con tales bichos. Entro en estos detalles para que se comprenda bien cómo me sorprendí al notar que el atrabiliario sapito me era enteramente desconocido. Circunstancia de consulta, pues.

Y, tomando a mi víctima con toda la precaución del caso, fui a preguntar por ella a la vieja

Congéneres
Personas,
animales
o cosas del
mismo género
o clase.

Atrabiliario
De mal
carácter.

criada, confidente de mis primeras empresas de cazar. Tenía yo ocho años y ella sesenta. El asunto había, pues, de interesarnos a ambos. La buena mujer estaba, como de costumbre, sentada a la puerta de la cocina, y yo esperaba ver acogido mi relato con la acostumbrada benevolencia; cuando apenas hube empezado, la vi levantarse apresuradamente y arrebatarme de las manos el despanzurrado animalejo.

—¡Gracias a Dios que no lo hayas dejado! —exclamó con muestras de la mayor alegría—. En este mismo instante vamos a quemarlo.

—¿Quemarlo? —dije yo—. ¿Pero qué va a hacer, si ya está muerto?

—¿No sabes que es un escuerzo —replicó en tono misterioso mi interlocutora— y que este animalito resucita si no lo queman? ¡Quién te mandó matarlo! ¡Eso habías de sacar al fin con tus pedradas! Ahora voy a contarte lo que le pasó al hijo de mi amiga la finada Antonia, que en paz descance.

Mientras hablaba, había recogido y encendido algunas astillas sobre las cuales puso el cadáver del escuerzo.

¡Un escuerzo!, decía yo, aterrado bajo mi piel de muchacho travieso; ¡un escuerzo! Y sacudía los dedos como si el frío del sapo se me hubiera pegado a ellos.

Batracomioquia ¡Un sapo resucitado! Era para enfriarle la médula a un hombre de barba entera.

*Hace referencia
a la obra cómica
Batalla de las ranas
y ratones, que se
burla de la Ilíada.* —¿Pero usted piensa contarnos una nueva *Batracomioquia*? —interrumpió aquí Julia con el amable desenfado de su coquetería de treinta años.

—De ningún modo, señorita. Es una historia *que ha pasado*.

Julia sonrió.

—No puede usted figurarse cuánto deseo cono-
cerla...

—Será usted complacida, tanto más cuanto que
tengo la pretensión de vengarme con ella de su
sonrisa.

Así pues, mientras se asaba mi fatídica pieza de
caza, la vieja criada hilvanó su narración, que
es como sigue:

Antonia, su amiga, viuda de un soldado,
vivía con el hijo único que había tenido de
él en una casita muy pobre, distante de toda
población. El muchacho trabajaba para am-
bos, cortando madera en el vecino bosque,
y así pasaba año tras año, haciendo a pie la jornada
de la vida. Un día volvió, como de costumbre, por
la tarde, para tomar su mate, alegre, sano, vigoroso,
con su hacha al hombro. Y mientras lo hacía, refirió
a su madre que en la raíz de cierto árbol muy viejo
había encontrado un escuerzo, al cual no le valieron
hinchazones para quedar hecho una tortilla bajo el
ojo de su hacha.

Fatídica
*Que pro-
nóstica el
porvenir
y, sobre
todo, la
desgracia.*

La pobre vieja se llenó de aflicción al escucharlo, pi-
diéndole que por favor la acompañara al sitio para que-
mar el cadáver del animal.

—Has de saber —le dijo— que el escuerzo no perdo-
na jamás al que lo ofende. Si no lo queman, resucita,
sigue el rastro de su matador y no descansa hasta que
puede hacer con él otro tanto.

El buen muchacho rió grandemente del cuento, intentando convencer a la pobre vieja de que aquello era

*Paparrucha
Paparrucha-
da: tontería,
sinsentido.* una paparrucha buena para asustar a chicos molestos, pero indigna de preocupar a una persona de cierta reflexión. Ella insistió, sin embargo, en que la acompañara a quemar los restos del animal.

Inútil fue toda broma, toda indicación sobre lo distante del sitio, sobre el daño que podía causarle, siendo ya tan vieja, el sereno de aquella tarde de noviembre. A toda costa quiso ir y él tuvo que decidirse a acompañarla.

No era tan distante; unas seis cuadras a lo más. Fácilmente dieron con el árbol recién cortado, pero por más que hurgaron entre las astillas y las ramas desprendidas, el cadáver del escuerzo no apareció.

—¿No te dije? —exclamó ella echándose a llorar—. Ya se ha ido; ahora ya no tiene remedio esto. ¡Mi padre san Antonio te ampare!

—Pero qué tontería, afligirse así. Se lo habrán llevado las hormigas o lo comería algún zorro hambriento. ¡Habrase visto extravagancia, llorar por un sapo! Lo mejor es volver, que ya viene anocheciendo y la humedad de los pastos es dañosa.

Regresaron, pues, a la casita, ella siempre llorosa, él procurando distraerla con detalles sobre el maíz que prometía buena cosecha si seguía lloviendo, hasta volver de nuevo a las bromas y risas en presencia de su obstinada tristeza. Era casi de noche cuando llegaron. Después de un registro minucioso por todos los rincones, que excitó de nuevo la risa del muchacho, comieron

en el patio, silenciosamente, a la luz de la luna, y ya se disponía él a tenderse sobre su montura para dormir, cuando Antonia le suplicó que por aquella noche, siquiera, consintiese en encerrarse dentro de una caja de madera que poseía y dormir allí.

La protesta contra semejante petición fue viva. Estaba chocha, la pobre, no había duda. ¡A quién se le ocurría pensar en hacerlo dormir, con aquel calor, dentro de una caja que seguramente estaría llena de sabandijas!

Pero tales fueron las súplicas de la anciana que, como el muchacho la quería tanto, decidió acceder a semejante capricho. La caja era grande y, aunque un poco encogido, no estaría del todo mal. Con gran solicitud fue arreglada en el fondo la cama, metióse él adentro, y la triste viuda tomó asiento al lado del mueble, decidida a pasar la noche en vela para cerrarlo apenas hubiera la menor señal de peligro.

Calculaba ella que sería la medianoche, pues la luna muy baja empezaba a bañar con su luz el aposento, cuando de repente un bultito negro, casi imperceptible, saltó sobre el dintel de la puerta que no se había cerrado por efecto del gran calor. Antonia se estremeció de angustia.

Allí estaba, pues, el vengativo animal, sentado sobre las patas traseras, como meditando un plan. ¡Qué mal había hecho el joven en reírse! Aquella figurita lúgubre, inmóvil en la puerta llena de luna, se agrandaba extraordinariamente, tomaba proporciones de monstruo. ¿Pero, si no era más que uno de los tantos sapos familiares

Lúgubre
Triste,
funesto,
tétrico.

que entraban cada noche a la casa en busca de insectos? Un momento respiró, sostenida por esta idea. Mas el escuerzo dio de pronto un salto, después otro, en dirección a la caja. Su intención era manifiesta. No se apresuraba, como si estuviera seguro de su presa. Antonia miró con indecible expresión de terror a su hijo; dormía, vencido por el sueño, respirando acompasadamente.

Entonces, con mano inquieta, dejó caer sin hacer ruido la tapa del pesado mueble. El animal no se detenía. Seguía saltando. Estaba ya al pie de la caja. Rodeola pausadamente, se detuvo en uno de los ángulos, y de súbito, con un salto increíble en su pequeña talla, se plantó sobre la tapa.

Antonia no se atrevió a hacer el menor movimiento. Toda su vida se había concentrado en sus ojos. La luna bañaba ahora enteramente la pieza. Y he aquí lo que sucedió: el sapo comenzó a hincharse por grados, aumentó, aumentó de una manera prodigiosa, hasta triplicar su volumen. Permaneció así durante un minuto, en que la pobre mujer sintió pasar por su corazón todos los ahogos de la muerte. Después fue reduciéndose, reduciéndose hasta recobrar su primitiva forma, saltó a tierra, se dirigió a la puerta y atravesando el patio acabó por perderse entre las hierbas.

Entonces se atrevió Antonia a levantarse,
Amortajar toda temblorosa. Con un violento ademán abrió
Poner la de par en par la caja. Lo que sintió fue de tal
mortaja modo horrible que a los pocos meses murió ví-
(ropa o ves- *tidura) a un* *difunto.* *ta* *salía del mueble abierto, y el muchacho estaba*

helado y rígido bajo la triste luz en que la luna amortajaba aquel despojo sepulcral, hecho piedra ya bajo un inexplicable baño de escarcha.



Este cuento se publicó en *Las fuerzas extrañas*.

Si te gustó...

El gabinete de un aficionado: historia de un cuadro, de Georges Perec; *20.000 leguas de viaje submarino*, de Julio Verne; *Final de juego*, de Julio Cortázar; *Psicosis*, dirigida por Alfred Hitchcock; *El cisne negro*, dirigida por Darren Aronofsky; *Lost*, creada por J. J. Abrams y Damon Lindelof.

“En ‘Después del cine’, Amalia Jamilis se adelanta a su época. Escrito poco antes de la dictadura militar de 1976, puede leerse hoy como una parábola sobre la sustracción de niños nacidos en cautiverio”.

María Teresa Andruetto

Amalia Jamilis

Buenos Aires, 1936–Bahía Blanca, 1999

Escritora argentina. Su obra explora en ese espacio de confluencia entre lo real y lo fantástico incorporando elementos de la reciente historia argentina. Se inició como artista plástica, pero luego se desarrolló en la escritura y ganó numerosos premios. Su novela *Los días de la suerte* ganó el premio Emecé, en 1968, y el mismo año ganó el Pen Club Internacional por *Detrás de las columnas*.

Después del cine

EL HOMBRE MUERTO TOMABA CAFÉ VESTIDO CON un pantalón brillante y un saco de alamares. La mujer se levantó de la cama y con un dedo enguantado le señaló algo que había adentro de la taza. El hombre miró sonriendo; mientras sonreía, la mujer abrió su cartera, sacó un revólver y lo mató. El hombre se desplomó hacia atrás con mucho ruido y estaba muerto, ya no volvería a tomar café nunca más. La mujer se puso un tapado de piel, como hacía Olimpia en invierno, y un sombrero altísimo, le dio al muerto un beso en la boca y salió a la calle.

Misa terminó de comer el pop choclo y se dio cuenta de que Victoria no estaba; a lo mejor había ido hasta el baño, porque siempre que iba al cine con Victoria, ella se levantaba una o dos veces para ir al baño.

Algunos asientos más allá, un hombre y una mujer viejos abrían paquetes de caramelos. A su lado, una rubia bajita miraba la película y se comía las uñas.

Alamar
Presilla con botón que se cose a la orilla del vestido.

Pop choclo
Pochoclo.

Ahora un vigilante con una estrella de plata arrastraba a la mujer del tapado de piel, ella se retorcía y echaba espuma por la boca. Sonaban los silbatos y se encendían linternas, la mujer conseguía escaparse y llegaba hasta una estación blanca de nieve en el momento en que avanzaba un tren. La mujer se arrojaba a las vías, había luces, sombras y más nieve y el tren la partía en mil pedazos.

A su lado, la rubia se sonó fuertemente la nariz. La gente empezaba a levantarse y a ponerse los abrigos. Misa salió última y fue al baño, pero Victoria no estaba; tampoco estaba en el vestíbulo.

Al llegar a la esquina se dio cuenta de que era una noche muy oscura. A mitad de cuadra habían quedado las luces del cine y las voces; de pronto se encontraba caminando pegada a la pared, siguiendo a un hombre y a una mujer que ahora, detenidos y dados vuelta hacia ella, eran el hombre y la mujer viejos del cine que comían caramelos.

—Hola —dijo el hombre—. Una nena sola.

—Los chicos no deben andar solos de noche —dictaminó la mujer.

Recién entonces Misa reparó en que eran realmente muy viejos, más de lo que ella había visto nunca. Se apretó contra la pared y se cubrió la cara con las manos.

—No te asistes, nena —dijo el hombre, acariciándole la cabeza—. Solo queremos que vuelvas a casa, es muy tarde para una chica sola.

—Además hace frío. Augusto, esta nena va desabrigada.

—Y no solo por el frío —siguió diciendo el hombre—.

De noche nunca se sabe con qué cosa va a encontrarse una chica por las esquinas, sin contar a los murciélagos.

Me acuerdo que cuando muchacho los murciélagos me asustaban horriblemente. Y eso que nunca fui lo que se dice un cobarde, Magdalena. Pero esta chica está asustada. Sacate las manos de la cara, hijita, y decinos cómo te llamás.

—Augusto, basta de decir tonterías. Lo único que has conseguido es impresionar más a la pobre criatura.

—Sabés muy bien que los chicos pequeños me intimidan, Magdalena.

—Bueno, criatura, a ver, ¿dónde vivís?

—No sé —dijo Misa, sin sacar sus manos de la cara, mirando a la mujer por entre los dedos abiertos.

—Pero cómo es que llegaste hasta aquí; ¿estabas viendo el cine?

—Sí —dijo Misa.

—Pobrecita, mandar a una nena tan chica sola al cine —reflexionó el hombre, como hablando consigo mismo—. Hay gente desalmada. Cuando todavía ejercía, conocí a una mujer que mató a su hija porque le había contado al padre que ella la dejaba todas las tardes en un cine para verse con su amante. Magdalena, si hubieses visto a aquella mujer no lo creerías. Parecía toda delicadeza.

—Augusto, no se puede decir que seas oportuno. Vamos, nena. ¿Quién te trajo al cine?

—Victoria —dijo Misa, retirando por fin sus manos de la cara.

—Pero mirá, Augusto, qué linda es. Me hace acordar a Teté. Los mismos rulitos castaños, la misma forma de la boca. Si Teté viviera tendría ahora... dejame contar.

—Magdalena, no empecemos otra vez.

—Siempre sostuve, Augusto, que en el fondo eras un hombre sin corazón. Cómo puede ser que no me permitas recordar a mi propia hija.

—Te hace mal, Magdalena. Después te dan jaquecas. Acordate las que tuviste el año pasado. Te dieron seguido durante seis meses, por lo menos.

—Teté tendría treinta y dos años —dijo la mujer tomando de la mano a Misa—. Me acuerdo de ella como si fuera hoy.

—No quiero contradecirte, Magdalena —dijo el hombre—, pero no es sano lo que hiciste. Conservar sus cosas, su cuarto, todos estos años.

—Era una manera de que Teté siguiera entre nosotros. Y ahora esta chica.

—Magdalena.

—Podría ser, bueno, no recuerdo la palabra, una reencarnación. Eso.

—Magdalena, basta.

—No, Augusto, no voy a permitir que me grites en la calle. Cualquiera puede pasar, y entonces, ¿qué pensará de nosotros?

—Tenés razón, Magdalena, disculpame.

—Bueno, hijita, ¿quién es Victoria?

—No sé —dijo Misa con un súbito escalofrío.

—No sabe —repitió el hombre—. Mi Dios, cuánta maldad hay en el mundo.

—Está helada y muerta de miedo —dijo la mujer—. Los dientes le castañetean; quién sabe desde cuándo no come. Es bastante flaca. Los vestiditos de Teté le quedarían justos.

—Magdalena, no hables así.

—Tendrías que alegrarte, Augusto. Siempre dijiste que debía desprenderme de todas las cosas de Teté. De sus vestidos, de sus muebles, de sus fotografías.

—Si dije eso, lo dije por tu bien, Magdalena. A veces me pareció que te estabas por volver loca.

—Qué podés saber, Augusto. Si vamos a hablar claro, nunca te destacaste por tu sensibilidad.

—Mentira. Sabés muy bien que soy fanático por la música.

—Estamos hablando de cosas distintas, Augusto. Además no podemos dejar a este pobre ángel aquí, sola y desamparada en mitad de la calle.

—Ciento. Hay que hacer algo. Podríamos buscar la seccional de este barrio y dejarla allí.

—Pero, qué estás diciendo. No puedo creerlo, esto es demasiado. Y si nadie la va a buscar. ¿Qué querés que hagan con ella en la comisaría? ¿Creés que la van a alimentar, que le van a dar ropa de abrigo? Además, sabés muy bien lo que le espera a esta criatura.

—Sí, el asilo.

—Sí, el asilo, sí, el asilo —se burló la mujer. Misa, en tanto, los miraba alternativamente, y su mirada fijaba detalles: el brillo dorado de los anteojos del hombre, el zorro de piel que la mujer llevaba arrollado al cuello.

—Augusto —dijo la mujer—. Si te oponés, no tendré otro remedio que llevármela a lo de Clotilde. Ella me la dejará tener con gusto.

—Hablás como una chiquilina, Magdalena. Como si tuvieras dieciocho años y estuvieras por fugarte de tu casa. Quiere decir que te quedarías con la chica en lo de Clotilde, en lo de esa chiflada.

—Augusto, no te permito. Es mi hermana.

—Tenés razón, Magdalena, disculpame.

—Ahora yo me pregunto, Augusto, ¿podríamos adoptar a una chica a nuestra edad?

—No intentarás decir que pensás en serio adoptar a la chica.

—¿Y por qué no? Después de todo sería cuestión de imaginar que Teté se ha casado y que esta criatura es su hija. Algo tan fácil con sus rulos, con la forma de la boca.

—Es ridículo, Magdalena, a nuestra edad.

—Si se trata de gastos, no te preocupes, Augusto. Emplearé en ella mi propia renta. La mandaré a un buen colegio. Los sábados a la tarde la llevaré a tomar el té a Gath & Chaves. Cuando sea grande haremos fiestas para que se destaque. Todo lo que no pude darle a la pobre Teté.

—No se trata de gastos, Magdalena.

—Entonces vamos yendo —dijo la mujer. Se inclinó sobre Misa y de pronto pareció recordar algo.

—Pero ¿y tu nombre? Todavía no te hemos preguntado el nombre. ¿Cómo te llamás?

Se llamaba María Luisa, pero nadie la había llamado jamás así, de modo que permaneció callada. El zorro de piel la miró con su único ojo gris que lanzaba destellos. Primero se retrajo, asustada ante aquel ojo luminoso; después percibió el perfume de la mujer vieja, levantó la cara y la miró y la cara de esa mujer le devolvió su mirada, y estaba llena de arrugas de risa. Entonces se atrevió; lentamente acarició la piel del zorro y dijo:

—Misa.

El hombre y la mujer la tomaron de las manos y empezaron a caminar con ella en el medio. Algunos nombres le subieron a los labios mientras caminaba. Sin voz dijo Victoria y dijo Cela, dijo Rogelio y dijo Pampa, dijo Nana y dijo Feroso; dijo algunos nombres más. Cada paso que daba correspondía a un nombre.

Se detuvieron junto a un auto; el hombre y la mujer la ayudaron a subir y la sentaron entre los dos; después el auto se puso en marcha. Para cuando llegaran a destino ya ella se habría olvidado de todo.



Este cuento se publicó en *Los trabajos nocturnos*.

Si te gustó...

Detrás de las columnas, de Amalia Jamilis; *Boomerang*, de Elvio Gandolfo; *El camino de los sueños*, dirigida por David Lynch; *Carrie*, dirigida por Brian de Palma.

“La vieja pregunta es ¿por qué seguimos leyendo (o pidiendo que nos cuenten) historias terroríficas? En primer lugar, porque nos divierten mucho. [...] Pero hay todavía una razón más profunda: los monstruos existen en serio y todos lo sabemos... ”.

Alberto Laiseca

Alberto Laiseca

Rosario, 1941

Escritor argentino. Trabajó en diferentes oficios en distintas provincias: fue cosechero, empleado telefónico y corrector de pruebas de galera en el diario *La Razón*. Protagonizó el antológico programa de TV *Cuentos de terror* en I-Sat y presentó películas en el ciclo *Cine de terror en Retro*. Es autor de la monumental novela *Los Sorias* y de 19 libros más en género novela, poesía y ensayo.

Cuentos de la Negra Tomasa

El hambre de los muertos

LA NEGRA TOMASA, TODAS LAS NOCHES, ACOSTUMbraba contarle cuentos espantosos al niño de la casa. El chico se llamaba Virgilito. Era una relación rara la de la negra con Virgilio, porque el pibe se moría de miedo con los cuentos que le contaba la mujer pero al mismo tiempo le gustaban.

—¿Virgilio... te parece que esta noche... te parece que... esta noche también te cuente un cuento?

—Sí, contame.

—¿Pero estás seguro? Mirá que este cuento es bastante espantoso, ¿eh?

—No importa. Contameló. Me gustan.

—Bueno... si vos mismo lo pedís... ta' bien. Yo te louento. Después no te quejes, ¿eh? No te vas a quejar después.

“Allá en el viejo San Telmo, cerca del Bajo, había una casa en esquina, formando ochava. Creo que todavía existe esa casita. Estaba habitada por negros. Como

era un lugar muy chiquito los negros estaban apilados uno arriba del otro. Y un día de esos vino la fiebre amarilla y los mató a todos. Así que la casa quedó llena de espíritus. Se sentían ruidos raros ahí. La gente no se animaba a pasar.

”Alaridos. Gemidos. ‘¡Me quemo! ¡Me quemo! ¡Tengo fuego en la cara, en la cabeza! ¡Agua! ¡Agua!’. Y no había nadie. El lugar estaba vacío.

”Como a los treinta años de este sucedido se metió a vivir en ese lugar abandonado, que todos tenían por lugar de fantasmas, una mujer joven con un crío de teta. Chiquito. Todos le habían dicho: ‘Margarita, no te metas ahí porque es un lugar de muertos sin justicia. Te van a cortar la leche que tenés para el crío’. Entonces la mujer se enojó: ‘¿Ah sí? Usted habla eso porque tiene lugar, usted tiene casa, ¿eh? ¿Qué hago yo? ¿Adónde voy a ir con el crío, debajo de un árbol?’. Y se fue.

”Ahora, ruidos de cadenas la mujer no escuchó. Gemidos, voces, tampoco. (No había ni una luz, ni un reflejo). Lo que sí, a pesar de que la mujer tenía mucha leche, y que el nene tomaba como un desesperado, cada vez se estaba poniendo más flaquito. Casi se le podían ver los güesos. Más flaquito y más flaquito. Entonces la mujer, desesperada, se fue a ver a la bruja de la vuelta. Era una

Maléfico mágica buena, que no hacía maléficos; al contrario: cuidaba a la gente pobre. No bien lo vio al crío la bruja ya supo. ‘Hiciste bien en venir,

Maleficio. m’hija. Son los muertos los que te están sacando la leche. Como está todo oscuro vos sentís que te chupan los pezones, y creés que es el nene. Pero no. Son los labios de los muertos los que te están sacando la leche’.

”Menos mal que la bruja era buena y los apañó en su casa en un rinconcito a la mujer y a su crío hasta que se pudieran conseguir otra comodidad. Y le dijo la mágica: ‘¡Oíme bien, muchacha! dos días más (dos días, ¿eh?) que vos te hubieras quedado en la casa y el nene se te moría’.

No bien Virgilito comprendió que la negra había terminado este cuento le dijo:

—¡Ootro! ¡Contame otro!

—Nooo, qué otro. Te me ponés a dormir ya mismo sin falta. Después tu papá va a andar diciendo que no podés dormir porque yo teuento historias raras. Así que ahora te me ponés a dormir inmediatamente. Te me tapás, si no, van a venir los muertos sin justicia, ¿eh? Te van a venir los muertos sin justicia. Así que a dormir que hay chinches. A dormir. Ya mismo se me pone a dormir.



Este cuento se publicó en *Cuentos de terror de Alberto Laiseca* (comp.).

Si te gustó...

Beber en rojo, de Alberto Laiseca; *Los mitos de Cthulhu*, de H. P. Lovecraft; *A sangre fría*, de Truman Capote; *El hombre que volvió de la muerte*, creada por Narciso Ibáñez Menta; *El Espinazo del Diablo*, dirigida por Guillermo del Toro; *Terror en Amityville*, dirigida por Andrew Douglas.

“—¿Existen preferencias por algunas obras, cuentos o relatos?

—Siempre las hay: un relato, ‘Ágata’, por ejemplo, sobre una niña amnésica que podría recordar pero prefiere que no”.

Entrevista de Laura Rosso a
Patricia Suárez

Patricia Suárez

Rosario, 1969

Escritora y dramaturga argentina. En 2003 ganó el Premio Clarín de Novela por *Perdida en el momento*. Desde 1997 coordina talleres de narrativa, literatura infantil y dramaturgia en instituciones educativas y centros culturales. Sus relatos figuran en numerosas antologías nacionales e internacionales. En los últimos años se han puesto en escena varias de sus obras de teatro.

Ágata

*... yo vivía allí tan exitosamente disfrazado
ante mí mismo de niño.*

James Agee

CUANDO ELLA BAJÓ DE LA CAMIONETA Y LOS VIO A todos temblorosos como una hilera de álamos mecida por el viento, de pronto casi supo por qué los había olvidado. El hombre flaco que conducía y decía ser papá le abrió la puerta y la ayudó a bajar. Hizo una seña a los demás, que ella no pudo ver porque el hombre estaba detrás de ella. Todos parecieron tranquilizarse al ver la seña. La primera en acercársele fue la mujer obesa; tenía el cuerpo como una pava, y él la abrazó llorando y la besó en la boca y la palpó como si quisiera reconocer la consistencia de su carne: cuánto y en qué partes había adelgazado. Le caían las lágrimas sin que pudiera impedirlo, a la vez que murmuraba con voz pastosa y desesperada: Mi chiquita, mi chiquita; olía a pan, a blanco de puerros recién cortados. Ella no supo qué hacer, respondió al abrazo

como hubiera respondido a una esquina en que la invitaban a un casamiento a realizarse en un lugar demasiado lejano. Después, la mujer gorda, que era mamá, se separó un momento de ella y vino lo que pareció una tromba marina levantando peces del lecho: dos muchachas, una que aparecía ser mayor que ella y la otra, que apenas le llegaba a la otra al hombro, era sin duda la menor; eran la hermana mayor y la hermana menor. La mayor la miró a los ojos profunda y doloridamente; la menor, en cambio, fue reticente con ella: la desesperación de la madre acababa de probar que la recién venida era la hija preferida. Después se reunió alrededor de ella el grupo de ancianos y personas mayores que la abrazaban y la besaban, a veces llorando o riendo entre los lloros, y aunque ella hizo el esfuerzo de encajar el nombre de cada uno con su rostro, según cómo la había adoctrinado el hombre que era papá, se le volvió imposible. Confundió al que decía ser tío Jorge con el vecino de al lado, el agrimensor. Nadie parecía entender que ella no los recordaba; nadie se había tomado el trabajo de advertirlos.

La madre la llevó hasta su cuarto, una habitación pintada de rosa pálido, con una cama cucheta contra una pa-

Boudoir
Mueble con
espejo para
arreglarse.

red, un *boudoir* y un espejo de medio cuerpo para contemplarse contra la pared oeste. Había una muñeca de trapo sobre cada cama; estas muñecas tenían el tamaño de una chica de seis años. Mamá le explicó que ella dormía anteriormente allí con Nerea, la hermana menor, pero que por esos días Nerea había mudado sus cosas al dormitorio de la otra hermana, la mayor, Sofía, porque supusieron que ella quería estar sola. ¿Quería ella o no estar sola? Porque si prefería, la

madre misma podía quedarse a pasar las noches con ella hasta que se acostumbrara a su antigua casa. Ella murmuró que no hacía falta, que estaría bien. Junto a la mesa de luz había una fotografía suya en un portarretratos, de unos pocos años atrás: cabalgaba un rosillo y sonreía. Mamá notó la intensidad con que ella miraba la fotografía, y le acarició el cabello, le dijo que todo iba a andar bien, que fuera lo que fuera que sintiera por dentro de ella con respecto a los demás se iba a arreglar, que no tuviera miedo, recalcó, que ella no debía tener miedo nunca. Ella asintió y entonces mamá preguntó cómo la llamaban allá y ella respondió Ágata. Mamá le recordó que ella en realidad se llamaba Emma. Le preguntó qué sentía al saber que se llamaba Emma, si no le venía algún vago recuerdo, alguna imagen. Ella negó. “¿Cómo”, preguntó entonces mamá, “te llamaron Ágata cuando llevabas un dije colgado al cuello con la letra E?”. Ella le dijo que no podía entenderlo tampoco: cuando llegó al pueblo, la gente le preguntó cómo se llamaba y ella dijo que no lo sabía, y un tiempo después decidieron llamarla Ágata –porque a una Ágata famosa le pasó lo que a mí, explicó– y que a ella le gustaba la sonoridad de ese nombre propio. “¿Te gustaría que te llamáramos Ágata sabiendo que tu nombre es Emma?”, la consultó mamá. Ella temió responder y defraudar a esa mujer gorda que era tan cariñosa y atenta con ella, de manera que susurró, apenas audible: Ágata suena bonito. Nunca supo si la mujer obesa que era mamá la había escuchado.

Usó la cama de abajo porque era la que al parecer tenía el colchón más suave y los muelles más silenciosos, y como no podía conciliar el sueño, trató de contar ovejas: contaba

Rosillo

Caballo de pelo blanco, negro y castaño.

hasta cuarenta o cincuenta imaginándolas tal como las había visto en el sur y luego perdía la cuenta, pero no caía dormida en lo más mínimo. A la medianoche o poco más tarde, la hermana menor –la que se llamaba Nerea, aunque quizá fuera Sofía, porque a ella aún se le confundían en la cabeza sus nombres– entró en la habitación y sacó algo de un cajón, unas medias blancas o tal vez fuera un pañuelo; ella cerró los ojos apretándolos muy fuerte, haciendo de cuenta que estaba dormida. La hermana menor, la de ojitos duros de ratón, se acercó y puso su rostro muy cerca del de ella, tanto que se podía olerlo (olía a unas frutas difíciles de determinar, algo semejante al durazno o mezclado con el durazno), en voz muy baja, le preguntó: “Emma, ¿estás fingiendo? ¿Estás fingiendo? No tenés que fingir cuando estás commigo. Emma. Emma”. Ella abrió los ojos y se quedó mirándola sin comprender del todo el significado de sus palabras, y esta falta de comprensión puso en su mirada un aire helado, tanto que la hermana pequeña se marchó, desairada. Mamá oyó los pasos de la hija andando de una habitación a la otra, se disgustó porque temía que algo funcionara mal y ella no lo hubiera previsto, y dijo: “¿Quién anda ahí?”, y la hermana menor tuvo que contener la rabia y hubo de envalentonarse para contestarle: “No es nada, mamá, soy yo. Me olvidé los soquetes”. “Bueno, dijo mamá, no hagas más ruido”. Pero mamá ya había perdido el sueño para ese entonces, y ella la oía debatirse en la cama por los ruidos que hacían los muelles. Se puso a conversar con

Muelle
Resorte.

el hombre flaco, de vientre hundido, que decía ser papá; hablaban en susurros, como si rezaran. A ella le llegaban ráfagas de susurros ininteligibles y de cuando en cuando alguna que otra palabra.

Mamá preguntó a papá: “¿Creés que la persona con la que estaba la habrá...?”, y él respondió: “No sé; era un hombre muy viejo, no creo que se haya atrevido”. La mujer obesa ahogó un sollozo: “¿Y cómo vamos a saber? ¿Nos odia? ¿Volverá a ser la misma de antes? ¿Volverá...?”. La mujer se sonó la nariz con gran ímpetu, y el sonido le hizo un poco de gracia a ella, tendida en su cama y desvelada también; un momento después mamá resoplaba: “¡Ay, ya estoy sanguando!” y papá la regañó: “No tenés cuidado al sonarte”. Prendieron una luz y luego la apagaron, y ella sintió que le llegaba ahora su querida oscuridad al fin y le dio la bienvenida. En el escenario de su sueño, el viejo pasaba en puntas de pie: una sombra sigilosa.

Habían sido siete horas las que viajó en un camión hasta que se quedó dormida y es de suponer que el camión avanzó muchos kilómetros más por la ruta, siempre hacia el sur, durante su sueño. El camionero la bajó de un golpe a kilómetro o kilómetro y medio de un pueblo, había un cartel verde a la entrada con la leyenda SACRAMENTO. Era mediodía, y decidió quedarse por simpatía con el clima seco o porque estaba desolada y su cuerpo no daba para seguir más adelante, tenía ampollas en los pies y le parecía que una o dos costillas estaban quebradas, las flotantes probablemente. Nada estaba en su sitio, según pudo comprobarlo, ni la sombra, ni la luz, ni siquiera los gorriones chillones, y toda ella se impacientaba. Se quedó a un costado de un caminito, bajo un sauce, desde donde veía la plaza principal del pueblo, una capilla y la estafeta de correos. De cuando en cuando pasaba un alma y se detenía a mirarla, porque no la conocían y no salían de su

sorpresa al verla en ese estado, con el cuerpo magullado y la ropa rota. Al cabo de un rato, un grupo de seis o siete personas se reunió junto a ella, y la interrogaron, qué le había pasado, por qué estaba así, si necesitaba algo, cómo se llamaba. Y ella respondió que no sabía nada de sí misma y no pudo explicar si es que nunca había sabido y esta ignorancia recién ahora se le revelaba o si este no saber consistía, precisamente, en ser una persona. La llevaron a casa de una solterona, a menos de media cuadra, le dieron de comer y la hicieron tomar un baño; le procuraron ropas limpias aunque con olor a naftalina porque eran de la solterona cuando joven y aún conservaba sus esperanzas. Discutieron si debían o no dar parte a la policía y ella suplicó que no, como si fuera una rea de la Justicia o como si hubiera cometido una falta que esperaba expiar en ese inhóspito paraje. La solterona se apiadó de ella y decidió que era una joven díscola, que deseaba cambiar sus maneras o su conducta –y para cambiar es primordial cambiar de aire–, que había huido de su hogar, tal vez enfrentada con los suyos, pero que se notaba a la distancia que era una buena persona. Era una joven robusta y los podría ayudar en las tareas de la casa o del campo; era tan alta y crecida que estimaron que tendría unos dieciocho años: a nadie se le pasó por la cabeza que podía ser una menor, y menos aún, que tenía tan solo catorce años. Fue la solterona

_____ quien, animada por las luengas lecturas de novelas de suspense, tuvo la ocurrencia de llamarla *Luenga Larga*. Ágata, porque algo por el estilo le había pasado a una Ágata famosa de las letras, y todos aprobaron la musicalidad del nombre y ella también: le gustaba tener un nombre ahora que había dejado atrás todo lo suyo.

Vivió cuatro días con sus noches con la solterona, en un cuarto que la mujer había preparado en sus años mozos para los bebés que el destino le deparara; había cortinas con visillos de encaje y polvo, sobre todo polvo, en el aire. La solterona la hizo coser vestidos y overoles para la gente del pueblo (había unas míseras minas de cobre más al oeste y los mineros siempre andaban necesitados de ropa), pero ella no era hábil con las manos, de manera que la mujer se irritaba con gran facilidad cuando comprobaba su torpeza, platos rotos en el intento de lavarlos, y las medias de muselina zurcidas con las puntadas con las que se cosería un matambre. Evitó cuidadosamente enojarse con ella, y le preguntó entonces qué cosas le gustaría hacer para ganarse la vida; no había en Sacramento tiendas donde pudieran emplearla, a lo más podían enviarla a la falda de la sierra, donde podía serle útil al viejo Cósimo, su cuñado. Criaba ovejas y ahora estaba muy ocupado porque era el tiempo de las pariciones; tal vez podía darle una mano. Ella aceptó y al día siguiente, apenas despuntó el sol, la solterona la mandó montaña arriba a lo de su cuñado.

Visillo
Cortina pequeña que se coloca en la parte interior de las ventanas.

Parición
Parto.

En la mañana, mamá le llevó un florero con fresias al cuarto donde ella descansaba, para alegrarlo con sus colores, y descorrió de un solo impulso las cortinas para que entrara el sol, porque, dijo mamá, donde entra el sol no entra el médico. Estaba cantando o tarareando una tonada, una canción sobre corceles y cascabeles que ella desconocía por completo. Le acercó las flores a la nariz y ella comprobó que solamente las fresias amarillas tenían perfume;

las blancas, las rosadas y las liláceas no lo tenían, ya fuera porque se resistían o porque no ponían empeño en dar algo de sí mismas. Momentos después, mamá le trajo el desayuno a la cama: café y mermelada de naranja –mamá dijo que la naranja era su fruta preferida, pero ella tampoco podía recordar esto– para untarla sobre gruesas rebanadas de pan de campo. Le explicó que ella no debía preocuparse por nada, ni por asistir a la escuela ni por nada, que podía estar en la cama todo el tiempo que quisiera hasta que se sintiera restablecida porque mamá la veía muy española, expresó; ella no supo en ese preciso instante qué significaba la expresión “muy española”, pero infirió que era un modo de mamá para decir “enferma”. Ella temió ofenderla aclarándole que ni estaba enferma ni tenía deseos de quedarse quieta, y se calló por respeto a esa mujer obesa que decía ser mamá y en menos de veinticuatro horas, desde que la viera llegar, se había puesto juvenil y cantarina como una quinceañera. Ella permaneció en la cama hasta las once de la mañana, aburrida, con el aire que tiene un transatlántico anclado en el puerto y que espera la visa del país para partir. Vio a sus hermanas pasar cargando dos canastos enormes en los que iban metiendo la ropa negra de la que, al parecer, querían deshacerse: habían guardado luto por ella, dedujo, y ella no supo si debía sentirse o no honrada. Mamá volvió como a las once y cuarto, se sentó en la cama junto a ella, y le acarició la frente con una mano áspera, de gente que trabaja muy duro. Traía un álbum de fotografías, que le dejó para que ella contemplara, y segundos después se retiraba con pasos breves, pícara, sigilosamente: tenía un aspecto tal de duende que acaba de cometer una travesura que a ella le suscitó una oleada

de algo no exactamente igual pero semejante al cariño. El álbum olía a cebollas crudas y a rábanos y estaba forrado con felpilla y a uno no se le iban las ganas de pasar la mano por encima de las tapas a cada ratito. Ella lo abrió y contempló con prisa las fotografías en blanco y negro: las primeras no despertaron su interés (mamá de trajecito inglés y capelina blanca y papá con traje brilloso, casándose delante de un cura; ella y las hermanas de bebés en la pila bautismal), y solamente se detuvo en las últimas, que eran ya fotografías en color: ella y sus hermanas. De la menor, no podía prácticamente decir nada, era evidente que había salido a la madre: gorda, con la cara redonda como una luna, la nariz chata, los ojos oscuros; pero la mayor se parecía a ella a un punto tal que cuando estaban una al lado de la otra en una fotografía era imposible identificar cuál era cuál: flacas, con piernas de cigüeña, el cabello ensortijado, y un corte de cara especial, hexagonal, que parecía, según ella veía en el álbum, una marca de familia por la parte del padre. Había tenido poca oportunidad de observar atentamente a la hermana mayor y sin embargo desde el primer momento recibió el impacto del parecido. Había una mujer más con este extraño rostro hexagonal y pelo ensortijado, que aparecía en las primeras fotografías, las de blanco y negro, sosteniendo a la hermana menor en una iglesia, probablemente era su madrina; debajo decía: “Tía Marta con Nerea, 1977”. Estaba segura de que si hurgaba en más imágenes del pasado familiar, acabaría por encontrar más parecidos físicos entre los parientes y ella. Ella pertenecía a esta familia, ya no cabía duda; no sintió alegría ni tristeza de saber que este era su lugar en el mundo, junto a esta gente por la que no sentía ningún tipo de aprecio, más

bien la embargó en ese momento una especie de timidez, y la creencia de que ella en realidad los estaba estorbando.

Cenaron muy tarde, papá sentado a la cabecera de la mesa, y las mujeres a los lados. Había una señora mayor que

_____ había cocinado amarillitos fritos y ahora los servía, y tenía especial atención cuando se acercaba a ella porque, decía, había sido su nana y no podría quererla más si ella hubiera sido una hija propia. Ella miró inquisitivamente a su hermana mayor y eran lo que vulgarmente se llama “dos gotas de agua”; se preguntó entonces si no habrían sido gemelas, y si ella no sería una gemela extraviada, pero todos decían que hacía cinco meses que faltaba de casa, cinco meses, no toda una vida. Casi no conversaban ni con ella ni siquiera entre ellos mismos y ella no supo dirimir si se debía a que su presencia los inhibía o si era que ellos eran más bien de carácter seco. Papá comunicó que en cuanto ella se adaptara harían una especie de fiesta, él asaría un lechón e invitarían a los tíos y los primos, a toda la parentela, e incluso a gente del pueblo. El padre pensó que ese era el mejor modo de celebrar que ya hubiera pasado lo peor: la pérdida de Emma para empezar, las peleas continuas con su mujer a causa de Emma, precisamente, la reticencia de sus otras hijas. Se reprochaba a sí mismo no tener más hijos, no haber convencido a su mujer de traer al mundo a otros dos crios más: tal vez alguno le hubiera salido hombrecito. Él mismo pertenecía a una casa en que abundaban las mujeres y su madre había enviudado pronto –cuando era un chico, los compañeros de la escuela se burlaban de él por afeminado– de manera que él venía sabiendo que las mujeres eran peores que las mulas o las cabras y no debería haberse asombrado de nada. ¿Por qué se había

*Amarillitos
Plátanos.*

ido la chiquita? ¿Qué había pasado? Su mujer lo culpó a él, porque él nunca estaba en la casa y las chicas necesitaban un padre y no una figurita en la lontananza montado en un zaino y que hiciera las veces de padre. Tal vez él hubiera debido pegarle a su mujer de cuando en cuando, casi como una práctica, como una purga; había hombres que lo hacían pero a él le temblaba la mano de solo pensarlo; su mujer, aun cuando le era odiosa, seguía teniendo la misma mirada de venado de su juventud, y a la hora del reproche, cuando él se sulfuraba, ella revoleaba los ojos y parecían los de un animal a punto de ser sacrificado; nunca hubiera podido levantarle la mano. El escándalo solía ser porque su mujer pretendía de él que anduviera entre ellas como un león furioso y se la pasara a los escopetazos ahuyentándoles a la hija mayor y a la del medio los mocositos que las rondaban, con quienes andaban ya en amores. Y él prefería el caballo a hacer el ogro, porque de una mujer se puede prescindir, más todavía cuando se llega a cierta altura de la vida, pero del caballo, ¿cómo? Había tratado de inculcarles a las hijas el amor por los caballos y les había enseñado a montar y a saltar vallas cuando eran niñas, pero en cuanto se hicieron señoritas, la madre las apartó de él porque temía que perdieran el virgo cabalgando. Sólo la más chica iba con él de cuando en cuando, mas había entre ellos una suerte de abra que ninguno de los dos podía atravesar para comunicarse con el otro. A pesar de los silencios, sin duda su hija menor era la luz de sus ojos; ahora tenía once años y era muy niña todavía, pero él nunca iba a permitir que su mujer se la arrebatara como había hecho con las otras; a esta él la iba a defender hasta la muerte.

Lontananza
A lo lejos.

Virgo
Virginidad.

Abra
Camino
abierto entre
la maleza.

La hermana mayor, cuyo nombre era Sofía y ella trataba de no olvidar (un par de veces la había llamado María por error), la invitó a dar un paseo hasta el bosquecito. Mamá no vio con buenos ojos la idea del paseo y se ofreció a acompañarlas, pero papá la contuvo sujetándola del brazo, asegurándole que la hermana mayor, Sofía, sabía cuidarse sola y cuidaría de ella, Emma. (Ella no quería llamarse Emma pero no podía impedirlo). Mamá se opuso terminantemente, las dejaba ir únicamente hasta el senderito ahí afuera de la casa y ni un paso más allá; papá no agregó una palabra más ni la contradijo. Afuera había una luna larga, que parecía un recorte de uña, y Sofía la llevaba del brazo, hacia la zona luminosa del senderito bajo el claro de luna y oían a los grillos machacar su cri-cri como si no hubiera otra cosa mejor para hacer en todo el mundo. De pronto a ella empezaron a dolerle los grillos tal como decía el viejo que le dolían las coyunturas de los huesos en los días de humedad: ella se imaginó que era la misma clase de dolor. La hermana mayor parloteaba sobre muchachos y sobre un baile al que pensaba ir ahora que ella había vuelto y no había que estar escondiéndose más de la gente ni haciendo buena letra para evitar las habladurías del pueblo: mamá le había prometido pedir a la abuela Rosita su vestido de seda blanca para reformarlo, aunque, preguntó: “¿Cómo le sentaría en verdad el blanco teniendo las caderas como las tenía?”. Ella la miró sin comprender del todo la pregunta; ¿qué era exactamente la palabra “caderas”? ¿Estaba la abuela Rosita el día que ella llegó? ¿Cuál era? En el pecho de la hermana brillaba un dije de oro con la letra “S”. Algo de esta incomprendión se traslució en su rostro porque la hermana mayor se mordió arrepentida los labios hasta dejarlos pálidos, y cuando los

soltó había quedado sobre el labio inferior la marca de sus dientes. Había visto a su hermana Emma exactamente cinco meses atrás saltar de la ventana de su cuarto mientras Nerea dormía, y la había visto correr por ese mismo senderito de piedras, descorrer la tranca y salir corriendo, y ella no la había delatado por dos razones específicas: primero porque pensaba que su hermana iba a encontrarse con Lucio, el chico que le gustaba y que vivía con los Álvarez al otro lado de la vía; y segundo porque ella misma había hecho muchas veces un recorrido similar para encontrarse con uno u otro chico en el bosquecito, carrera que había contribuido no poco a acrecentar su mala fama. Sin embargo, cuando transcurrieron los días y su hermana no volvía, Sofía hubo de denunciar lo que había visto y el chico con el que supuestamente se había encontrado Emma fue objeto de arduos interrogatorios por parte de la familia y de la policía. La madre había culpado a Sofía por la fuga de Emma: ella, dijo, le había enseñado a andar en malos pasos. ¿De Lucio sí te acordás?, preguntó su hermana mayor y ella puso una cara que parecía de mosquita muerta y negó con la cabeza. La hermana, ofuscada y alimentando su paciencia, refunfuñó: “¿No tenés curiosidad por saber quién sos vos misma?”.
Ella, ebria de amargura, respondió: “No”.

El viejo estaba en el centro del rebaño cuando ella llegó, y le pareció el rey de los zopilotes andando a grandes zancadas por su reino. Era un total de veinte ovejas aproximadamente y unos cuantos carneros, y se oía el cencerro de la madrina sonando como si estuviera llamando a misa. Había un perro flaco y canelo, el pastor, en cuyos rasgos se evidenciaba el lobo

Zopilote
Ave similar
al buitre.

como un antiguo ancestro. Ella se presentó y dijo: “Me llamo Ágata”; no le contó todo el asunto de que había perdido la memoria porque hubiera resultado un engorro, y se inventó un apellido, Pérez, ya que ¿qué otro apellido es más común que Pérez en español?; también le dijo que la mandaba la solterona, que pensaba que ella podría resultarle útil allá arriba. El viejo asintió dos veces con la cabeza como si no se lo creyera del todo o como si se le hubiese aparecido un ángel y a ella le dio la impresión de que el mentón podía quedársele pegado en el pecho a fuerza de asentir. La hizo pasar a la casa, que era toda de madera y tenía dos habitaciones, la cocina y la pieza del viejo: la letrina estaba fuera y para ir allí en invierno había que emponcharse y andar muy rápido, por eso el viejo recomendaba no beber nada después de las cinco de la tarde, para no tener urgencias durante la noche. El viejo buscó con los ojos un rincón donde poder acomodarla; armaría una cama a un costado de la cocina, muy cerca de la mesa de roble patinada por el tiempo, y de una especie de *re-soir* que hacía las veces de altarcito, donde el viejo ponía cada día una vela a la difunta esposa muerta casi cincuenta años atrás, Alma. Para hacer espacio quitó a una oveja enclenque que estaba acomodada cerca del fuego, la echó silbando chuz chúuufa y la oveja salió, un poco cabizbaja, como un perro. Eran ovejas pampa que los ancestros del viejo, recién venidos de Gales, habían cruzado con las cara negra para que dieran mejor carne y no sufrieran los embates del clima ni su sequedad. El viejo quería a sus animales pero no era cariñoso con ellos. No era cariñoso casi con nadie, según pudo comprobar ella; desde que había quedado viudo solo se había acercado a una mujer, su cuñada,

la que ella llamaba la solterona aunque tenía un nombre también, y era Lía; acercamiento que no resultó y luego el viejo se encogió como lana en agua hirviendo y ya no quiso saber nada de compañías. Venía un muchacho, día sí, día no, Iríneo, corpulento y fuerte, con espaldas anchas como costales de harina y brazos cruzados de venas gruesas que parecían lombrices pálidas; llegaba montado en una mulita baya. A ella le gustaba ese muchacho pero él no le hablaba directamente y jamás la miraba a los ojos.

Al comienzo, el viejo la puso a hacer las cosas de la casa, barrer y preparar una especie de guiso graso—so que ella apenas podía tragar. Poco a poco le dio tareas relacionadas con las ovejas, llevarlas a pacer cuando Iríneo no estaba, cuidar de las hembras paridas o alimentar un cordero que la madre se negaba a amamantar dándole maderas de leche de vaca muy cocida, con bastante nata y un huevo batido dentro; cuando llegó la esquila, en la primavera, le enseñó a hacerlo; lo ideal era quitar la lana en unos tres minutos, pero ella tardaba más, era muy torpe con las manos. Una vez, estando con el rebaño en un montecito, vio a lo lejos un guanaco relinchando y con ganas de acercarse. Ella tuvo miedo y pensó en salir corriendo con los animales que pudieran seguirla, sin embargo las ovejas permanecieron muy plácidas, balando y contemplando el guanaco a la distancia como a un adorado dios pagano. En las noches, el viejo preparaba una especie de ponche con caña y frutos del bosque, que tomaban los dos, y la hacía leerle en voz alta la Biblia, siempre el mismo libro: un fragmento del Eclesiastés que los dos escuchaban y disfrutaban, ella porque nunca había oído palabras semejantes antes (o no las recordaba). Él, extasiado, la miraba leer de

Baya
Blanca
amarillenta.

una manera tal que ella no podía descifrar si había deseo o angustia en esa mirada. Los domingos, como el viejo era reacio a bajar al pueblo para ir a misa –aunque le daba a ella la libertad de hacerlo– asaba una pierna de cordero (de los corderos muertos en octubre, que eran los más sabrosos), cuidando que no se quemara ni se chamuscara y ella cortaba papas y cebollas y las cocinaba en una cacerola de hierro. Ella siempre disfrutaba de esa comida, aunque cuando pensaba en el animal que habían muerto, el bocado se le quedaba atragantado en la mitad de la garganta y no había sorbo de vino que pudiera bajárselo. El viejo se le reía en la cara; era él el matarife de sus propios animales y le había enseñado a ella como debía hacerse, pero ella no se atrevía. El viejo le dijo que no era necesario que aprendiera a hacerlo en ese momento; sin embargo, alguna vez iba a tener que aprender a matar corderos, hasta lo más doloroso debe uno aprender a hacer en la vida. Ella oraba para que no llegara ese momento. En noviembre, cuando los corderos buenos todavía no podían matarse porque no era la época, el viejo le cambiaba a Iríneo alguna oveja o hasta un carnero por una pieza de ñandú que el muchacho cazaba, aunque el viejo no lo llamaba ñandú cuando comerciaba sino choique, como los indios. La ponía a ella a desplumarlo y después hacían la pechuga o la picanilla en guiso y el viejo asaba la rabadilla y se la comía con la premura de quien se atraca con golosinas. De cuando en cuando, Iríneo les traía huevos de choique: con uno solo bastaba para hacer una tortilla babosa que a ella le daba arcadas pero que el viejo y el perro disfrutaban a más no poder. Detrás del retrato de la difunta

Picanilla

*Extremo inferior
de la columna de
las aves de la cual
salen las plumas
de la cola.*

Rabadilla

*Carne de vaca
de la región del
lomo.*

ba sino choique, como los indios. La ponía a ella a desplumarlo y después hacían la pechuga o la picanilla en guiso y el viejo asaba la rabadilla y se la comía con la premura de quien se atraca con golosinas. De cuando en cuando, Iríneo les traía huevos de choique: con uno solo bastaba para hacer una tortilla babosa que a ella le daba arcadas pero que el viejo y el perro disfrutaban a más no poder. Detrás del retrato de la difunta

estaba pegada la receta de una torta negra típica de Gales (en la receta decía *Teisen ddu*) que no lleva leche, y ella la quiso preparar para sorprender al viejo. Estuvo más de una semana haciéndose traer por Irineo pasas de uva y almendras del pueblo; cuando la comenzó a batir le quedó una ponzoña oscura y sanguinolenta que no se levó y en el horno quedó aplastada como una hostia de misas negras. Con el tiempo, el viejo se dio cuenta de que ella no sabía nada de su pasado, que su memoria era velada por jaramillos y cuervos, y cierta vez le preguntó si no tenía interés en saber quién era y cómo había llegado hasta ahí; entonces, ella rompió a llorar como nunca lo había hecho hasta entonces y como nunca lo haría después y le pidió que no la echara, que a ella le gustaba estar ahí y que las ovejas eran para ella el mundo entero, que no le hacía falta nada más mientras tuviera a los animales y al viejo. Entonces el viejo la besó en los labios con sus labios secos y prietos, tal vez haya sido para confortarla. El hombre flaco y de vientre hundido que decía ser papá llegó unos meses después, ella estaba entabillando a un carnero que acababa de romperse la pata al despeñarse en la quebrada, y papá la abrazó como si ella estuviera muerta y con el abrazo fuera a revivir y ella se quedó fría y asustada y empezó a gritar: “¡Don Cósimo! ¡Don Cósimo!” . Pero papá tenía papeles y ella tenía catorce años y al parecer se llamaba Emma Castellanos y la sacó de ahí y se la llevó sin que ella pudiera opinar ni decir una sola palabra en favor suyo. Después papá le pegaría, pero a ella no le habían dolido los golpes y ahora eso no tenía ninguna importancia. En el largo y callado viaje de regreso, una sola certeza la atormentaba: sin duda,

Teissen ddu
Torta ne-
gra galesa.

Ponzoña
Veneno.

Jaramillo
Caramillo.
Arbusto
con muchas
ramas.

ella jamás volvería a ver al viejo, y él, ¿qué recuerdo guardaría de ella? Y ella, ¿qué recuerdo iría a guardar de él?

En la fiesta había guirnaldas amarillas y rojas de pa-

Emparrado
Armazón que sostiene la parra.

pel colgando del emparrado, había felicidad, y fue una gran comilona. Papá había asado un lechón con la ayuda de un peón, ella preguntó tímidamente a papá si él mismo había matado al cerdo, y él le contestó que no sabía degollar un animal y que nadie de su familia había sido nunca capaz de hacerlo porque se desmayaban a la vista de la sangre. Este conocimiento la dejó muy pensativa. No habían cerrado ni quitado los ojos al lechón, y parecía que los miraba penetrantemente como diciendo: "Esto que veo me lo llevo para el otro mundo". Había muchos invitados; los más felices y los que más aplaudían eran los parientes cercanos, las dos abuelitas; otros murmuraban a su paso como aves agoreras que solo pudieran pronosticar el mal; estaba también el doctor que la atendía, que de cuando en cuando comía con las manos y se limpiaba los dedos grasientos en una servilleta que se había colgado en la pechera. Había logrado –y para ella era casi un triunfo– darse vuelta cuando la llamaban Emma y responder a ese nombre que le sonaba ajeno y desconocido entre los desconocidos. Los dos perros blancos de papá, el galgo y el otro, se pusieron a correr como desaforados debajo de las mesas a la busca de alguna sobra del cerdo; luego, junto con un perro malandrín que llegó de fuera, iniciaron una rebatiña por una costilla, que el tío Jorge hubo de acallar pegando unos tiros al aire. Entre el lechón y el postre (tortas de miel para los golosos y mandarinas y peras para los otros) se bailó; mamá estaba tan contenta que hasta la sacó a bailar a ella

después de abrir el baile con papá, y todos enmudecieron al ver que ella, que al parecer en el pasado había sido tan buena bailarina, era ahora incapaz de dar un solo paso bueno. Sin embargo, mamá no se amedrentó, mamá era una mujer de fuego para criar a sus hijas y las amaba incommensurablemente. Vino entonces el tío Huberto, que era un cincuentón y se puso con paciencia y voluntad a enseñarle a ella los pasos; pero ella estaba ya cansada y no aprendió ninguno. Entonces sacó a bailar a su hermana Sofía, que se había puesto el vestido de seda blanca que había pertenecido a la abuelita Rosa, y el tío se dedicó a apretarle la cintura de una forma tal que mamá hubo de llamarle la atención y puso a la chica a bailar con el padre mientras ella, mamá, bailaba con el tío Huberto. De cuando en cuando, ella miraba a su hermana mayor y le costaba darse cuenta de que no era ella misma: tan iguales eran, tan parecidas a papá. La hermana mayor solo había sacado de mamá las caderas, que son esos huesos que contienen el bajo vientre y donde, después del huesito dulce, la carne se abre para formar las nalgas. A ella le parecía que no había heredado nada de mamá, ni de esa parte de la familia, pero la abuelita Rosa decía que tenía la nariz respingona y la boca fruncida como Blanquita, una hija que se le había muerto en la niñez. Su hermana mayor vino y la besó espontáneamente, como se besan los pies del Cristo en las iglesias: la huella de sus labios pintados de coral le quedó estampada en la mejilla; los demás también la llenaron de besos. Comió una mandarina que le supo ácida, y caminó un poco hasta el gallinero, desde donde la miraba muy altivo el enorme gallo rojo que cantaba cada día a las cuatro de la mañana. La nana le había conseguido a

ella dos gallinitas azules para que las cuidara y atendiera; la pobre vieja había comprendido que a ella se le había despertado el mismo gusto por los animales que tenía cuando muy pequeña; le estaba agradecida a la nana por eso. Enseguida la alcanzó el doctor, le preguntó cómo se sentía y si tenía ganas de hablar con él de alguna cosa en especial; ella lo detestaba y miró hacia el otro lado, donde caía el sol y pronto iba a ser la anochecida, tanto había durado la fiesta, y el doctor aprovechó y se cubrió la boca con la mano derecha para disimular un eructo. Mamá y la hermana menor iban y venían sirviendo té de boldo para la digestión y también llevaron naipes a los hombres, que de inmediato se pusieron a jugar; papá era muy querido, lo dejaban barajar y dar las cartas a cada ratito. Mamá todo el tiempo la vigilaba de reojo, como si temiera que ella pudiera volver a saltar la valla para huir de nuevo, o porque temía que alguien, con palabras duras, la lastimara: mamá era una persona que se podía, sin lugar a dudas, llegar a querer. Papá siguió con los ojos a la hermana menor, como si la hermana menor hubiera sido un pájaro en lontananza al que el cazador le ha perdonado la vida y lo mira ir con orgullo, y vio que ella salía de la fiesta y se iba hacia el establo chico donde estaban la yegua y su potrillo –el potrillo que iba a ser para la hermanita– y sus ojos se nublaron y dijo a los otros hombres: ella es mi pollita. La hermanita, al volver, ruborizada y con sus ojitos de ratón blandados por alguna emoción, besó a papá con el amor con que hubiera besado a un amante clandestino, cruzó unas palabras con él y él la palmeó en la parte gorda de la cadera, con la clase de palmada que se da a un perro cuzco. Al cabo de un rato, la hermana menor vino hasta

ella, después de haberla rehuido durante la última semana, para no mencionar la fiesta en que se alejaba de los sitios donde ella estaba como de la peste, y le habló mirándola directamente a los ojos, como haría un sargento con su soldado. Había salido ya la primera estrella y ella la estaba contemplando; brillaba débilmente, hacía grandes esfuerzos para que la intensidad de su brillo creciera: era como una cría de oveja recién nacida. “Yo creo, dijo la hermanita, que estás fingiendo, y pienso que tus razones tendrás y que no querés decírnoslas. Pero yo necesito saber y que me digas si estás fingiendo: Emma”, dijo, y ella la miró clavando sus ojos claros en los ojitos preocupados de la hermanita, “¿vos de verdad seguís sin acordarte de nada?”. Ella masticó la palabrita: “Sí”. Y la hermanita continuó: “¿Y nunca vas a acordarte de nada?”, y ella apoyó la palabrita en el paladar y la zarandó como a un caramelo de limón para darla vuelta y pasarla debajo de la lengua, y no se atrevió a contestar.



Este cuento se publicó en *Esta no es mi noche*.

Si te gustó...

Rata paseandera, de Patricia Suárez; *Las vírgenes suicidas*, de Jeffrey Eugenides; *La novena puerta*, dirigida por Roman Polansky; *La ventana secreta*, dirigida por David Koepp; *American Horror Story*, creada por Ryan Murphy y Brad Falchuk; *El garante*, creada por Sebastián Borensztein.

*“¿Qué son los cuentos de
Silvina sino pequeños sepulcros
adornados con plumas y
piedritas, rituales de niña mala
que ha matado un insecto y le
rinde honores?”.*

Alicia Dujovne Ortiz

Silvina Ocampo

Buenos Aires, 1906–1993

Escritora argentina. Era hermana de la escritora y fundadora de la revista *Sur*, Victoria Ocampo, y esposa del gran narrador argentino Adolfo Bioy Casares. Autora deslumbrante por la calidad literaria de sus cuentos, ha pasado a la historia de la literatura argentina del siglo xx por la crueldad desconcertante que supo imprimir en algunos protagonistas de estos relatos. En 1937 publicó su primer libro de cuentos, *Viaje olvidado*, que hoy en día se considera un texto fundamental dentro de la obra de la escritora.

La soga

ANTOÑITO LÓPEZ LE GUSTABAN LOS JUEGOS peligrosos: subir por la escalera de mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender papeles en la chimenea. Esos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la soga, la soga vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la soga cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la soga; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca, colgada de un árbol, después un arnés para caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamanos, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia adelante, la soga se retorcía y se volvía con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la soga lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la

soga, como quien llama a un perro, y la soga se le acercaba, a regañadientes, al principio, luego, poco a poco, obedientemente. Con tanta maestría Toñito lanzaba la soga y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida, que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: "Toñito, no juegues con la soga".

La soga parecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión. El gato no se le acercaba y a veces, por las mañanas, entre sus nudos, se demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de echarla al aire;

Discóbolo
Atleta que
lanza el disco.

como los discóbolos o lanzadores de jabalinas, ya no necesitaba prestar atención a sus movimientos: sola, se hubiera dicho, la soga saltaba de sus manos para lanzarse hacia adelante, para retorcerse mejor.

Si alguien le pedía:

—Toñito, prestame la soga.

El muchacho invariablemente contestaba:

—No.

A la soga ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.

Toñito quiso ahorcar un gato con la soga. La soga se rehusó. Era buena.

¿Una soga, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En los barcos, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes... Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua.

La bautizó con el nombre de Prímula. Cuando lanzaba la soga, a cada movimiento, decía: “Prímula, vamos. Prímula”. Y Prímula obedecía.

Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución de colocarle la cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.

Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte, de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo Toñito, cuando lanzaba la soga. Aquella vez la soga volvió hacia atrás con la energía de siempre y Toñito no retrocedió. La cabeza de Prímula le golpeó en el pecho y le clavó la lengua a través de la blusa.

Así murió Toñito. Yo lo vi, tendido, con los ojos abiertos.

La soga, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo velaba.



Este cuento se publicó en *Los días de la noche*.

Si te gustó...

Ficciones, de Jorge Luis Borges; *El hombre que fue jueves*, de Gilbert K. Chesterton; *El imaginario mundo del doctor Parnassus*, dirigida por Terry Gilliam; *Poltergeist*, dirigida por Tobe Hooper; *Twin Peaks*, dirigida por David Lynch; *The walking dead*, dirigida por Frank Darabont.

“Güiraldes siente que su escritura es ejemplar, en tanto acerca la voz del artista y del gaucho, en quien deposita un dechado de virtudes, sobre todo, éticas”.

Eduardo Romano

Ricardo Güiraldes

Buenos Aires, 1866–París, 1927

Narrador argentino. Nació en el seno de una adinerada familia que en 1887 se trasladó a París. Puede decirse que se educó en francés y el castellano fue su segunda lengua. Güiraldes es uno de los mayores exponentes hispanoamericanos de la novela autóctona con su obra maestra *Don Segundo Sombra* (1926), en la que se narran las vicisitudes de la vida del campo y las particularidades de ese ámbito rural amenazado de extinción por la expansión del progreso.

El herrero Miseria

ESTO ERA EN TIEMPO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO y sus Apóstoles.

Nuestro Señor, que según dicen jue el creador de la bondá, sabía andar de pueblo en pueblo y de rancho en rancho, por Tierra Santa, enseñando el Evangelio y curando con palabras. En estos viajes, lo llevaba de asistente a san Pedro, al que lo quería muy mucho, por creyente y servicial.

Cuentan que en uno de esos viajes, que por demás veces eran duros como los del resero, como jueran por llegar a un pueblo, a la mula en que iba Nuestro Señor se le perdió una herradura y dentró a manquiar.

—Fijate —le dijo Nuestro Señor a san Pedro— si no ves una herrería, que ya estamos dentrando al poblao.

San Pedro, que iba mirando con atención, divisó un rancho viejo de paredes rajadas, que tenía encima de una puerta un letrero que decía: Herrería. Sobre el puchón, se lo contó al Maistro y pararon delante del corralón.

Resero
Arreador
de reses, especialmente vacunas.

—¡Ave María! —gritaron.

Y, junto con un cuzquito ladrador, salió un anciano harapiento que los convidó a pasar.

—Güenas tardes —dijo Nuestro Señor—. ¿Podría herrar mi mula, que ha perdido la herradura de una mano?

Apiensén
*Apéense, bajen
del caballo.*
—Apiensén y pasen adelante —contestó el viejo—. Voy a ver si puedo servirlos.

Cuando, ya en la pieza, se acomodaron sobre unas sillas de patas quebradas y torcidas, Nuestro Señor le preguntó al herrero:

—¿Y cuál es tu nombre?

—Me llaman Miseria —respondió el viejo, y se jue a buscar lo necesario pa' servir a los forasteros.

Con mucha pacencia anduvo este servidor de Dios, olfateando en sus cajones y sus bolsas, sin hallar nada. Acobardao iba a golverse pa' pedir disculpa a los que estaban esperando, cuando, regolviendo con la bota un montón de basuras y desperdicios, vido una argolla de plata grandota.

Fragua
*Fogón donde
se calientan
los metales
para forjarlos.*
—¿Qué hacéh aquí vos? —le dijo, y recogiéndola se jue pa' donde estaba la fragua, prendió el juego, reditió la argolla, hizo a martillo una herradura y se la puso a la mulita de Nuestro Señor. ¡Viejo sagaz y ladino!

Filiar
Evaluuar.
—¿Cuánto te debemos, güen hombre? —preguntó Nuestro Señor.

Miseria lo miró bien de arriba abajo y, cuando concluyó de filiarlo, le dijo:

—Por lo que veo, ustedes son tan pobres como yo. ¿Qué diantres les vi'a cobrar? Vayan en paz por el mundo, que algún día tal vez Dios me lo tenga en cuenta.

—Así sea —dijo Nuestro Señor y, después de haberse despedido, montaron los forasteros en sus mulas y salieron al sobrepasso.

Cuando iban ya retiraditos, le dice a Jesús este san Pedro, que debía ser medio lerdo:

—Verdá, Señor, que somos desagradecidos. Este pobre hombre nos ha herraó la mula con una herradura 'e plata, no noh ha cobrao nada por más que es repobre, y nohotros nos vamos sin darle siquiera una prenda de amistá.

—Decís bien —contestó Nuestro Señor—. Volvamos hasta su casa pa' concederle tres Gracias, que él eligirá a su gusto.

Cuando Miseria los vido llegar de güelta creyó que se había desprendido la herradura y los hizo pasar como endenantes. Nuestro Señor le dijo a qué venían y el hombre lo miró de soslayo, medio con ganitas de rairse, medio con ganitas de disparar.

Como
endenantes
Como antes.

—Pensá bien —dijo Nuestro Señor— antes de hacer tu pedido.

San Pedro, que se había acomodado atrás de Miseria, le sopló:

—Pedí el Paraíso.

—Callate, viejo —le contestó por lo bajo Miseria, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que se siente en mi silla no se pueda levantar de ella sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor—. ¿A ver la segunda Gracia? Pensala con cuidao.

Porfiao
Porfiado,
obstinado,
terco.

—¡Pedí el Paraíso, porfiao! —le sopló de atrás san Pedro.

—Callate, viejo metido —le contestó por lo bajo Miseria, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que suba a mis nogales no se pueda bajar de ellos sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor—. Y, aura, la tercera y última Gracia. No te apurés.

—¡Pedí el Paraíso, porfiao! —le sopló de atrás san Pedro.

—¿Te quedrás callar, viejo idiota? —le contestó Miseria enojao, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que se meta en mi tabaquera no pueda salir sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor y, después de despedirse, se jue.

Ni bien Miseria quedó solo, comenzó a cavilar y, poco a poco, jue dentrándole rabia de no haber sabido sacar más ventaja de las tres Gracias concedidas.

—También, seré sonso —gritó, tirando contra el suelo el chambergo—. Lo que es, si aurita mesmo se presentara el demonio, le daría mi alma con tal de poderle pedir veinte años de vida y plata a discreción.

En ese mismo momento, se presentó a la puerta 'el rancho un caballero que le dijo:

—Si querés, Miseria, yo te puedo presentar un contrato dándote lo que pedís.

Y ya sacó un rollo de papel con escrituras y numeritos, lo más bien acondicionao, que traiba en el bolsillo. Y allí

las leyeron juntos a las letras y, estando conformes en el trato, firmaron los dos con mucho pulso, arriba de un sello que traiba el rollo.

Ni bien el diablo se jue y Miseria quedó solo, tantió la bolsa de oro que le había dejao Mandinga, se miró en el bañadero de los patos, donde

vido que estaba mozo, y se jue al pueblo pa' comprar ropa, pidió pieza en la fonda como señor, y durmió esa noche contento.

¡Amigo! Había de ver cómo cambió la vida de este hombre. Terció con príncipes y gobernadores y alcaldes, jugaba como nenguno en las carreras, viajó por todo el mundo, tuvo trato con hijas de reyes y marqueses...

Pero, bien dicen que pronto se pasan los años cuando se emplean de este modo, de suerte que se cumplió el año vigésimo y en un momento casual en que Miseria había venido a rairse de su rancho, se presentó el diablo con el nombre de caballero Lilí, como vez pasada, y peló el contrato pa' exigir que se le pagara lo convenido.

Miseria, que era hombre honrao, aunque medio tristón, le dijo a Lilí que lo esperara, que iba a lavarse y ponerse güena ropa pa' presentarse al Infierno como era debido. Así lo hizo, pensando que al fin todo lazo se corta y que su felicidá había terminao.

Al golver lo halló a Lilí sentao en su silla aguardando con pacencia.

—Ya estoy acomodao —le dijo—, ¿vamos yendo?

—¡Cómo hemos de irnos —contestó Lilí— si estoy pegao en esta silla como por un encanto!

Miseria se acordó de las virtudes que le había concedido el hombre 'e la mula y le dentró una risa tremenda.

—¡Enderezate, pues, maula, si sos diablo! —le dijo a Lilí.

Al ñudo este hizo bellaquear la silla. No pudo alzarse ni un chiquito y sudaba, mirándolo a Miseria.

Maula

Cosa inútil y despreciable, persona mala o tramposa.

Al ñudo

Inútilmente.

Bellaquear

Corcovear un animal para sacarse de encima al jinete.

—Entonces —le dijo el que jue herrero—, si querés dirte, firmame otros veinte años de vida y plata a discreción.

El demonio hizo lo que le pedía Miseria, y este le dio permiso pa' que se juera.

Otra vez el viejo, remozao y platudo, se golvió a correr mundo: terció con príncipes y manates, gastó plata como naides, tuvo trato con hijas de reyes y de comerciantes juertes...

Pero los años, pa'l que se divierte, juyen pronto, de suerte que, cumplido el vigésimo, Miseria quiso dar fin cabal a su palabra y rumbió al pago de su herrería.

A todo esto Lilí, que era medio lenguaraz y alcahuete, había contao en los infiernos el encanto 'e la silla.

—Hay que andar con ojo alerta —había dicho Lucifer—. Ese viejo está protegido y es ladino. Dos serán los que lo van a buscar al fin del trato.

Por esto jue que, al apiarse en el rancho, Miseria vido que lo estaban esperando dos hombres, y uno de ellos era Lilí.

—Pasan adelante; sientensén —les dijo—, mientras yo me lavo y me visto pa' entrar al Infierno como es debido.

—Yo no me siento —dijo Lilí.

—Como quieran. Pueden pasar al patio y bajar unas nueces, que seguramente serán las mejores que habrán comido en su vida 'e diablos.

Lilí no quiso saber nada; pero, cuando se hallaron solos, su compañero le dijo que iba a dar una güelta por debajo de los nogales a ver si podía recoger del suelo alguna nuez caida y probarla. Al rato no más golvió diciendo que había hallao una yuntita y que, en comiéndolas, naide podía negar que fueran las más ricas del mundo.

Juntos se jueron pa' dentro y comenzaron a buscar sin hallar nada.

Pa' esto, al diablo amigo de Lilí se le había calentao la boca y dijo que se iba a subir a la planta pa' seguir pegándole al manjar. Lilí le advirtió que había que desconfiar, pero el goloso no hizo caso y subió a los árboles, donde comenzó a tragarse sin descanso, diciéndole de tiempo en tiempo:

—¡Cha que son güenas! ¡Cha que son güenas!

—Tirame unas cuantas —le gritó Lilí, de abajo.

—Allí va una —dijo el de arriba.

—Tirame otras cuantas —golvió a pedirle Lilí, no bien se comió la primera.

—Estoy muy ocupao —le contestó el tragón—. Si querés más, subite al árbol.

Lilí, después de cavilar un rato, se subió.

Cuando Miseria salió de la pieza y vido a los dos diablos en el nogal, le entró una risa tremenda.

—Aquí estoy a su mandao —les gritó—. Vamos cuando ustedes gusten.

—Es que no nos podemoh abajar —le contestaron los diablos, que estaban como pegaos a las ramas.

—Lindo —les dijo Miseria—. Entonces firmemén otra vez el contrato, dándome otros veinte años de vida y plata a discreción.

Los diablos hicieron lo que Miseria les pedía y este les dio permiso pa' que bajaran.

Miseria golvió a correr mundo y terció con gente copetuda y tiró plata y tuvo amores con damas de primera.

Pero los años entraron a disparar, como endenantes, de suerte que, al llegar al año vigésimo, Miseria,

queriendo dar pago a su deuda, se acordó de la herrería en que había sufrido.

A todo esto, los diablos en el Infierno le habían contado a Lucifer lo sucedido y este, enojadazo, les había dicho:

—¡Canejo! ¿No les previne de que anduvieran con esmero porque ese hombre era por demás ladino? Esta güelta que viene, vamoh a dir toditos, a ver si se nos escapa.

Por esto jue que Miseria, al llegar a su rancho, vido más gente riunida que en una jugada 'e taba. Pero esa gente, acomodada como un ejército, parecía estar a la orden de un mandón con corona. Miseria pensó que el mesmito Infierno se había mudado a su casa, y llegó, mirando como pato el arriador, a esa pueblada de diablos. “Si escapo de esta, se dijo, en fija que ya nunca la pierdo”. Pero, haciéndose el muy templao, preguntó a aquella gente:

—¿Quieren hablar conmigo?

—Sí —contestó juerte el de la corona.

—A usté —le retrucó Miseria— no le he firmao contrato ninguno, pa' que venga tomando velas en este entierro.

—Pero me vah a seguir —gritó el coronaо— porque yo soy el Ray de loh Infiernos.

—¿Y a mí quién me da el certificao? —alegó Miseria—. Si usté es lo que dice, ha de poder hacer de fijo que todos los diablos dentren en su cuerpo y golvearse una hormiga.

Otro hubiera desconfiao, pero dicen que a los malos los sabe perder la rabia y el orgullo, de modo que Lucifer, ciego de juror, dio un grito y en el momento mesmo

*_____
Taba
Juego
criollo.*

*Mirar como
pato al
arreador
Mirar con
expresión
extrañada.*

*_____
Templao
Templado,
tranquilo.*

se pasó a la forma de una hormiga, que llevaba adentro a todos los demonios del Infierno.

Sin dilación, Miseria agarró el bichito que caminaba sobre los ladrillos del piso, lo metió en su tabaquera, se jue a la herrería, la colocó sobre el yunque y, con un martillo, se arrastró a pegarle con todita el alma, hasta que la camiseta se le empapó de sudor.

Entonces, se refrescó, se mudó y salió a pasiar por el pueblo.

¡Bien haiga, viejito sagaz! Todos los días, colocaba la tabaquera sobre el yunque y le pegaba tamaña paliza hasta empapar la camiseta, pa' después salir a pasiar por el pueblo.

Y así se jueron los años.

Y resultó que ya en el pueblo no hubo peleas, ni plaitos ni alegaciones. Los maridos no las castigaban a las mujeres, ni las madres a los chicos. Tíos, primos y entenaos se entendían como Dios manda; no salía la viuda, ni el chancho; no se veían luces malas y los enfermos sanaron todos; los viejos no acababan de morirse y hasta los perros jueron virtuosos. Los vecinos se entendían bien, los baguales no corcoviaban más que de alegría y todo andaba como reló de rico. Qué, si ni había que baldiar los pozos porque toda agua era güena.

Ansina como no hay caminos sin repechos, no hay suerte sin desgracias, y vino a suceder que abogaos, procuradores, jueces de paz, curanderos, médicos y todos los que son autoridá y viven de la desgracia y vicios de la gente comenzaron a ponerse charcones de hambre y jueron muriendo.

Entenao
Entenado,
hijastro.

Bagual
Caballo no
domado.

Repecho
Pendiente corta
y empinada.

Charcón
Delgado.

—
Morralla
Multitud de gente de escaso valor.

Y un día, asustaos los que quedaban de esta morralla, se endilgaron pa' lo del gobernador a pedirle ayuda por lo que les sucedía. Y el gobernador, que también dentraba en la partida de los castigaos, les dijo que nada podía remediar y les dio una plata del Estao, alvirtiéndoles que era la única vez que lo hacía porque no era obligación del gobierno el andarlos ayudando.

—
Maliciar
Sospechar.
—
Plaito
Pleito, batalla, pelea.

Pasaron unos meses, y ya los procuradores, jueces y otros bichos iban mermando por haber pasao los más a mejor vida, cuando uno de ellos, el más pícaro, vino a maliciar la verdá y los invitó a todos a que golvieran a lo del gobernador, dándoles promesa de que ganarían el plaito.

Así jue. Y cuando estuvieron frente al manate, el procurador le dijo a Suecelencia que todah esas calamidades sucedían porque el herrero Miseria tenía encerrados en su tabaquera a los diablos del Infierno.

Sobre el puchó, el mandón lo mandó traer a Miseria y, en presencia de todos, le largó un discurso:

—¿Ahá, sos vos? ¡Bonito andás poniendo al mundo con tus brujerías y encantos, viejo indino! Aurita vah a dejar las cosas como estaban, sin meterte a redimir culpas ni castigar diablos. ¿No ves que, siendo el mundo como es, no puede pasarse del mal y que las leyes y lah enfermedades y todos los que viven de ellas, que son muchos, precisan de que los diablos anden por la tierra? En este mesmo momento vah al trote y largás loh Infiernos de tu tabaquera.

Miseria comprendió que el gobernador tenía razón, confesó la verdá y jue pa' su casa pa' cumplir lo mandao.

Ya estaba por demás viejo y aburrido del mundo, de suerte que irse de él poco le importaba.

En su rancho, antes de largar los diablos, puso la tabaquera en el yunque, como era su costumbre, y por última vez le dio una güena sobada, hasta que la camiseta quedó empapada de sudor.

—¿Si yo los largo van a andar embromando por aquí? —les preguntó a los mandingas.

—No, no —gritaban estos de adentro—. Larganos y te juramos no golver nunca por tu casa.

Entonces Miseria abrió la tabaquera y los licenció pa' que se juieran.

Salió la hormiguita y creció hasta ser el Malo. Comenzaron a brotar del cuerpo de Lucifer todos los demonios y redepende, en un tropel, tomó esta diablada por esas calles de Dios, levantando una polvadera como nube 'e tormenta.

Y aura viene el fin.

Ya Miseria estaba en las últimas humeadas del pucho, porque a todo cristiano le llega el momento de entregar la osamenta y él bastante la había usao.

Y Miseria, pensando hacerlo mejor, se jue a echar sobre sus jergas a esperar la muerte. Allá, en su piecita de pobre, se halló tan aburrido y desganao que ni se levantaba siquiera pa' comer ni tomar agua. Despacito nomás se jue consumiendo hasta que quedó duro y como secao por los años.

Y aura es que, en habiendo dejao el cuerpo pa' los bichos, Miseria pensó lo que le quedaba por hacer y, sin

Tropel
Muchedumbre
que se mueve
en desorden
ruidoso.

Jerga
Manta de lana
que se pone sobre el lomo del caballo.

dilación, porque no era sonso, el hombre enderezó pa'l Cielo y, después de un viaje largo, golpió en la puerta de este.

*Hacerse el chancho rengo
Hacerse el distraído para evitar una responsabilidad.*

Cuantito se abrió la puerta, san Pedro y Miseria se reconocieron, pero al viejo pícaro no le convenían esos recuerdos y, haciéndose el chancho rengo, pidió permiso pa' pasar.

—¡Hum! —dijo san Pedro—. Cuando yo estuve en tu herrería con Nuestro Señor, pa' concederte tres Gracias, te dije que pidieras el Paraíso y vos me contestaste: “Callate, viejo idiota”. Y no es que te la guarde, pero no puedo dejarte pasar aura porque, en habiéndote ofrecido tres veces el Cielo, vos te negaste a aceptarlo.

Y, como ahí no más el portero del Paraíso cerró la puerta, Miseria, pensando que de dos males hay que elegir el menos pior, rumbió pa'l Purgatorio a probar cómo andaría.

Pero, amigo, allí le dijeron que solo podían entrar las almas destinadas al Cielo y que como él nunca podría llegar a esa gloria, por haberla desnegao en la oportunidá, no podían guardarlo. Las penas eternas le tocaba cumplirlas en el Infierno.

Y Miseria enderezó al Infierno y golpió en la puerta como antes golpiaba en la tabaquera sobre el yunque haciendo llorar a los diablos. Y le abrieron, ¡pero qué rabia no le daría cuando se encontró cara a cara con el mesmo Lilí!

—¡Maldita mi suerte —gritó—, que andequiera he de tener conocidos!

Y Lilí, acordándose de las palizas, salió que quemaba, con la cola como bandera ‘e comisaría, y no paró hasta los pieses mesmos de Lucifer, al que contó quién estaba de visita.

Nunca los diablos se habían pegao tan tamaño susto, y el mismo Ray de loh Infiernos, recordando también el rigor del martillo, se puso a gritar como gallina culeca, ordenando que cerraran bien toditas las puertas, no juera a dentrar semejante cachafaz.

Ahí quedó Miseria sin dentrada a ningún lao, porque ni en el Cielo, ni en el Purgatorio, ni en el Infierno lo querían como socio; y dicen que es por eso que, dende entonces, Miseria y Pobreza son cosas de este mundo y nunca se irán a otra parte porque en ninguna quieren almitir su existencia.

Cachafaz
Descarado,
pícaro.



Esta versión de “El herrero Miseria”, que es parte de *Don Segundo Sombra*, se publicó en *Historias improbables: Antología del cuento insólito argentino*.

Si te gustó...

Cuentos de muerte y de sangre seguidos de aventuras grotescas y una trilogía cristiana, de Ricardo Güiraldes; *El secreto de Mary Reilly*, dirigida por Stephen Frears; *La aldea*, dirigida por M. Night Shyamalan.

“Lo acusaban de escribir para asustar a la gente, de traer la selva a la ciudad, de arrimar la barbarie a la civilización. [Ezequiel] Martínez Estrada escribió después de su muerte: ‘Con él aprendimos a contar en serio’, y si miramos la literatura argentina desde acá, no hay manera de no estar de acuerdo”.

Juan Forn

Horacio Quiroga

Salto, 1878–Buenos Aires, 1937

Narrador uruguayo radicado en la Argentina, es considerado uno de los mayores cuentistas latinoamericanos de todos los tiempos. Las tragedias marcaron la vida del escritor: su padre murió en un accidente de caza, y su padrastro y posteriormente su primera esposa se suicidaron. En 1918 publicó *Cuentos de la selva*, considerado un clásico de la literatura para niños. Sus cuentos, que fueron apareciendo en diarios y revistas, fueron reunidos en libros. *Cuentos de amor, de locura y de muerte* es su obra más celebrada.

Los buques suicidantes

RESULTA QUE HAY pocas cosas más terribles que encontrar en el mar un buque abandonado. Si de día el peligro es menor, de noche el buque no se ve ni hay advertencia posible: el choque se lleva a uno y otro.

Estos buques abandonados por a o por b, navegan obstinadamente a favor de las corrientes o del viento, si tienen las velas desplegadas. Recorren así los mares, cambiando caprichosamente de rumbo.

No pocos de los vapores que un buen día no llegaron a puerto han tropezado en su camino con uno de estos buques silenciosos que viajan por su cuenta. Siempre hay probabilidad de hallarlos, a cada minuto. Por ventura las corrientes suelen enredarlos en los mares de sargazo. Los buques se detienen, por fin, aquí o allá, inmóviles para siempre en ese desierto de algas. Así, hasta que poco a poco se van deshaciendo. Pero otros llegan cada día, ocupan su lugar en silencio, de modo que el tranquilo y lúgubre puerto siempre está frecuentado.

Sargazo
Zona del
océano
Atlántico.

El principal motivo de estos abandonos de buque son sin duda las tempestades y los incendios que dejan a la deriva negros esqueletos errantes.

Pero hay otras causas singulares entre las que se puede incluir lo acaecido al María Margarita, que zarpó de Nueva York el 24 de agosto de 1903, y que el 26 de mañana se puso al habla

_____ con una corbeta, sin acusar novedad alguna. Cuatro horas más tarde, un paquebote, no obteniendo respuesta, desprendió una chalupa que abordó al María Margarita. En el buque no había nadie. Las camisetas de los marineros se secaban a proa. La cocina estaba prendida aún. Una máquina de coser tenía la aguja suspendida sobre la costura, como si hubiera sido dejada un momento antes. No había la menor señal de lucha ni de pánico, todo en perfecto orden. Y faltaban todos. ¿Qué pasó?

La noche que aprendí esto estábamos reunidos en el puente. Íbamos a Europa, y el capitán nos contaba su historia marina, perfectamente cierta, por otro lado.

La concurrencia femenina, ganada por la sugestión del oleaje susurrante, oía estremecida. Las chicas nerviosas prestaban sin querer inquieto oído a la ronca voz de los marineros en proa. Una señora muy joven y recién casada se atrevió:

—¿No serán águilas...?

El capitán se sonrió bondadosamente:

—¿Qué, señora? ¿Águilas que se lleven a la tripulación?

Todos se rieron, y la joven hizo lo mismo, un poco cortada.

Felizmente un pasajero sabía algo de eso. Lo miramos curiosamente.

Durante el viaje había sido un excelente compañero, admirando por su cuenta y riesgo, y hablando poco.

Corbeta

*Barco de guerra
con tres palos y
vela cuadrada.*

Paquebote

*Barco que lleva
correo y pa-
sajeros de un
puerto a otro.*

Chalupa

Barco pequeño.

—¡Ah! ¡Si nos contara, señor! —suplicó la joven de las águilas.

—No tengo inconveniente —asintió el discreto individuo—. En dos palabras: en los mares del norte, como el María Margarita del capitán, encontramos una vez un barco a vela. Nuestro rumbo —viajábamos también a vela—, nos llevó casi a su lado. El singular aire de abandono que no engaña en un buque llamó nuestra atención, y disminuimos la marcha observándolo. Al fin desprendimos una chalupa; a bordo no se halló a nadie, todo estaba también en perfecto orden. Pero la última anotación del diario databa de cuatro días atrás, de modo que no sentimos mayor impresión. Aun nos reímos un poco de las famosas desapariciones súbitas. Ocho de nuestros hombres quedaron a bordo para el gobierno del nuevo buque. Viajaríamos en conserva. Al anochecer aquel nos tomó un poco de camino. Al día siguiente lo alcanzamos, pero no vimos a nadie sobre el puente. Desprendiose de nuevo la chalupa, y los que fueron recorrieron en vano el buque: todos habían desaparecido. Ni un objeto fuera de su lugar. El mar estaba absolutamente terso en toda su extensión. En la cocina hervía aún una olla con papas.

Como ustedes comprenderán, el terror supersticioso de nuestra gente llegó a su colmo. A la larga, seis se animaron a llenar el vacío, y yo fui con ellos. Apenas a bordo, mis nuevos compañeros se decidieron a beber para desterrar toda preocupación. Estaban sentados en rueda, y a la hora la mayoría cantaba ya.

Llegó mediodía y pasó la siesta. A las cuatro, la brisa cesó y las velas cayeron. Un marinero se acercó a la borda

Viajar en conserva
Viajar en sociedad, socorriéndose mutuamente entre embarcaciones.

y miró el mar aceitoso. Todos se habían levantado, paseándose, sin ganas ya de hablar. Uno se sentó en un cabo arrollado y se sacó la camiseta para remendarla. Cosió un rato en silencio. De pronto se levantó y lanzó un largo silbido. Sus compañeros se volvieron. Él los miró vagamente, sorprendido también, y se sentó de nuevo. Un momento después dejó la camiseta en el rollo, avanzó a la borda y se tiró al agua. Al sentir ruido, los otros dieron vuelta la cabeza, con el ceño ligeramente fruncido. Pero enseguida parecieron olvidarse del incidente, volviendo a la apatía común.

Al rato otro se desperezó, restregó los ojos caminando, y se tiró al agua.

Pasó media hora; el sol iba cayendo. Sentí de pronto que me tocaban en el hombro.

—¿Qué hora es?

—Las cinco —respondí. El viejo marinero que me había hecho la pregunta me miró desconfiado, con las manos en los bolsillos. Miró largo rato mi pantalón, distraído. Al fin se tiró al agua.

Los tres que quedaban, se acercaron rápidamente y observaron el remolino.

Se sentaron en la borda, silbando despacio, con la vista perdida a lo lejos. Uno se bajó y se tendió en el puente, cansado. Los otros desaparecieron uno tras otro. A las seis, el último de todos se levantó, se compuso la ropa, apartó el pelo de la frente, caminó con sueño aún, y se tiró al agua.

Entonces quedé solo, mirando como un idiota el mar desierto. Todos sin saber lo que hacían, se habían arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo moroso que flotaba en el buque. Cuando uno se tiraba al agua, los otros se volvían momentáneamente preocupados, como si recordaran

algo, para olvidarse enseguida. Así habían desaparecido todos, y supongo que lo mismo los del día anterior, y los otros y los de los demás buques. Esto es todo.

Nos quedamos mirando al raro hombre con explicable curiosidad.

—¿Y usted no sintió nada? —le preguntó mi vecino de camarote.

—Sí; un gran desgano y obstinación de las mismas ideas, pero nada más. No sé por qué no sentí nada más. Presumo que el motivo es este: en vez agotarme en una defensa angustiosa y a toda costa contra lo que sentía, como deben de haber hecho todos, y aun los marineros sin darse cuenta, acepté sencillamente esa muerte hipnótica, como si estuviese anulado ya. Algo muy semejante ha pasado sin duda a los centinelas de aquella guardia célebre, que noche a noche se ahorcaban. Como el comentario era bastante complicado, nadie respondió. Poco después el narrador se retiraba a su camarote. El capitán lo siguió un rato de reojo.

—¡Farsante! —murmuró.

—Al contrario —dijo un pasajero enfermo, que iba a morir a su tierra—. Si fuera farsante no habría dejado de pensar en eso, y se hubiera tirado también al agua.



Este cuento se publicó en *Cuentos de amor, de locura y de muerte*.

Si te gustó...

La gallina degollada y otros cuentos, de Horacio Quiroga; *Manuscrito hallado en una botella*, de Edgar Allan Poe; *Sexto sentido*, dirigida por Night Shyamalan; *Drácula*, dirigida por Francis Ford Coppola; *Les revenants*, creada por Fabrice Gobert; *Dimensión desconocida*, creada por Rod Serling.

“Tengo notas en cantidad, acerca de un montón de materias... varios proyectos, humo que el viento llevará. En definitiva, considero que La cría del ganado, Manual del agricultor, Tipos y paisajes criollos, Los dioses de la pampa, Fábulas argentinas y Las veladas del tropero constituyen una obra suficiente para haber merecido bien de mi país de adopción. Tengo la ilusión de creer que en el futuro, de aquí a cincuenta años, cien tal vez, mis obras llegarán a ser clásicas en la República Argentina y solo eso me importa realmente”.

Godofredo Daireaux

Godofredo Daireaux

París, 1849–Buenos Aires, 1916

Godofredo Daireaux (Geoffroy François Daireaux) se radicó en la Argentina a los 19 años y desde ese entonces sus actividades estuvieron estrechamente vinculadas con la vida agropecuaria y el arte. Fue fundador de pueblos, docente, crítico de arte y funcionario público. Su mayor aporte a la literatura argentina fue haber escrito cuentos fantásticos y fábulas cuyos protagonistas y escenarios están relacionados con la vida rural. *Cada mate un cuento* (1902), *Fábulas argentinas*, *Los dioses de la Pampa* (1902) y *Costumbres criollas* (1915) son algunas de sus numerosas obras.

El poncho de vicuña

UN GAUCHO MUY VIEJO Y MUY POBRE, VIENDO aproximarse el fin de sus días, llamó a sus tres hijos y les dijo:

—Me queda poco tiempo que vivir; como no tengo más que ese poncho de vicuña que sea de algún valor, quiero que pertenezca después de mi muerte al que lo haya sabido utilizar mejor. Saldrán ustedes por turno, llevándoselo; irán lo más lejos que puedan por el campo, y después de una semana justita cada uno, volverán y me contarán en detalle lo que hayan hecho.

Jacinto, el mayor, hombre ya de treinta años, un perdido que se había pasado toda la vida matrereando por todas partes, salió, al día siguiente, a las tres de la tarde, con caballo de tiro, el poncho de vicuña terciado en el brazo y rumbeó al poniente.

Matrrear
Vivir marginalmente
huyendo de
la justicia.

No se daba muy buena cuenta de lo que había querido decir el viejo al hablar de “utilizar” la manta de vicuña, pero poco costaba probar y como, por otra parte, la manta era de precio, y con ella puesta era fácil darse corte, iba con la idea de lucirse en algunas reuniones, hasta acabar los pesitos que llevaba, y después volver a casa.

Siendo el día muy templado, no se puso el poncho sino a la oración, cuando empezó a refrescar, y poco después llegaba a un rancho donde pensaba pedir licencia para hacer noche. Llamó al palenque; contestó una voz y salió a la puerta una mujer. El gaucho le pidió permiso para desensillar y, como esperaba la contestación para apearse, vio que la mujer, asombrada primero, espantada después, temblando se dirigía hacia su marido, ocupado en el patio en componer un apero. Vino este, miró hacia el palenque, y con un gesto de fastidio, exclamó:

—Pero mujer zonza, ¡si no hay nadie!

—¿Cómo nadie? —dijo entonces en voz alta Jacinto.

Y al oírle empezó a temblar el marido, teniendo fuerzas para preguntar:

—¿Quién habla?

El gaucho, sospechando que algo pasaba que no se podía explicar, les dijo:

—Pero ¿no me ven ustedes? —Y la contestación, después de corta vacilación, fue la disparada rápida del matrimonio y su desaparición en el rancho cuya puerta se cerró con estrépito.

Quedó Jacinto vacilando por largo rato; y quitándose el poncho para cerciorarse de lo que sospecha-

ba, llamó otra vez. La puerta del rancho se entreabrió despacio y, con el susto todavía pintado en la cara, le dio el dueño de casa las buenas tardes. Jacinto, sin bajarse, le pidió un jarro de agua y, mientras se lo iba a buscar el otro, rápidamente se volvió a poner el poncho. En este mismo momento, el puestero, siempre desconfiado, se daba vuelta para mirarlo, y seguramente vio algo estupendo pues tiró el jarro al suelo y el balde en el pozo, y de un salto se encerró y se atrancó en el rancho.

Jacinto se alejó, sabiendo ya que el poncho de vicuña era prenda de inestimable valor pues, al ponérselo en los hombros, quedaba uno invisible.

Para probar mejor y de un modo más práctico su virtud, se fue de un galope hasta la pulperia próxima, donde todavía había mucha gente, y sin quitárselo entró en el despacho. Fue como si no hubiera entrado nadie; pues ninguno le hizo caso, ni lo miró, ni le habló. Por la puerta interior pasó hasta el mostrador, vació el cajón, llenándose el tirador con el dinero en presencia del patrón y de los mozos que ni siquiera se movieron; y, sin que un perro ladrase ni lo detuviera nadie, volvió al palenque, desató su caballo y se fue al tranco.

Y empezó a dar rienda suelta a sus malos instintos, hasta entonces sofrenados por el temor al castigo. Pareciéndole asegurada la más completa impunidad, se volvió Jacinto terrible azote para toda la comarca.

Robó de puro gusto, sin necesidad; mató familias enteras con el único objeto de burlarse de los desespe-

rados esfuerzos de la policía para dar con los asesinos. Amanecían quemadas en una sola noche tres o cuatro casas en la vecindad, quedando los negociantes arruinados y las familias sin hogar; el estanciero encontraba en los galpones muertos sus animales más finos, desjarrado su mejor toro, malamente herido algún parejero de valor.

*Negligencia
Descuido,
omisión.*

Todos acudían a la policía, acusándola de negligencia y hasta de complicidad. Contaban horrores de lo que pasaba, refinamientos de crueldad hacia cristianos y animales, como si una bandada de tigres se estuviera cebando en esos pagos.

Y, todo, sin que nadie pudiera dar el dato más vago sobre la filiación de alguno de los bandidos que tantas tropelías cometían, ni siquiera el menor indicio que pudiera facilitar en algo las indagaciones.

Uno solo pudo decir algo; fue el puestero a quien Jacinto una tarde había pedido un jarro de agua, desapareciendo súbitamente de su vista al ponerse en los hombres un poncho de vicuña que llevaba en el brazo. Pero, por supuesto, al oír el cuento todos se echaron a reír y lo trataron de loco.

Pasaron algunos días, un siglo para los vecinos aterrorizados, sucediéndose las desgracias repentinamente como en tiempo de las más sangrientas guerras, llenándose la campaña de ruinas y de lutos.

Por suerte, ya tocaban a su fin las hazañas del extraño malhechor.

Estando por vencer el término fijado por el padre para la vuelta, pensó Jacinto que mucho más segu-

ro sería quedarse con el poncho maravilloso que devolverlo al viejo para que lo probasen sus hermanos; y, aunque tuviera la convicción de haberlo utilizado como ninguno de ellos sería seguramente capaz de hacerlo, mejor le pareció no arriesgar la parada y guardárselo.

Y, el mismo día en que hubiera debido volver a casa del padre, se fue con la manta puesta a una gran pulperia, donde siempre se solía juntar mucha gente, quedándose allí sin que nadie lo viera, en espera del momento en que sin peligro podría renovar su provisión de pesos.

Iban a dar las tres, hora en que había salido con el poncho, una semana antes, y el juego estaba en su apogeo, cuando entró el puestero que lo había visto desaparecer de tan misteriosa suerte al ponerse la manta.

Jacinto, al ver a este hombre, el único que pudiera conocerlo si se le antojara quitarse el poncho y volverse visible, sintió irresistible deseo de deshacerse de él, y abalanzándose, cuchillo en mano, le tiró un terrible puntazo. Por suerte, el puestero, interpelado en ese mismo momento por un amigo, se daba vuelta, de modo que solo recibió la puñalada en el brazo. Gritó, al sentirse herido; al mismo tiempo, daban las tres, y Jacinto no pudo renovar la embestida, embargados que fueron sus movimientos en los pliegues del poncho, arrancado con violencia inaudita de sus hombros por una mano invisible, sin que lo pudiera detener más que un ratito; pero este rato fue lo suficiente para que la concurrencia viese desaparecer por los aires la prenda

maravillosa; y quedó él, azorado, a la vista de todos, con el cuchillo ensangrentado en la mano, sin fuerza para usarlo.

El puestero herido ya lo había conocido y denunciando en un grito de terror; y todos, bien convencidos esta vez de que el pobre no era loco, y de que tenían por fin agarrado al tigre asolador de la comarca, lo mataron a puñaladas.

Mientras la historia del poncho de vicuña se difundía con mil comentarios en toda la campaña, la prenda mágica había vuelto sola a manos de su dueño. El viejo comprendió que su hijo mayor había malogrado su suerte y, dejándose de quejas inútiles y de advertencias contraproducentes, entregó la manta a su segundo hijo, Honorio.

Este salió, ignorando, lo mismo que Jacinto, la virtud del poncho de vicuña; pero lo mismo que él, pronto pudo conocerla por la observación de algunos detalles

_____ *Tropilla* que le llamaron la atención. Había salido con *Conjunto de tropilla*, llevando el poncho en el brazo, y los caballos. animales iban perfectamente arreados. Cuando

refrescó, se puso el poncho y la tropilla empezó a darle mucho trabajo, pues era como si los caballos no le hubieran hecho caso. Dejando maneada la yegua y la tropilla arrollada, se dirigió hasta una casa de negocio

_____ *Teruteru* situada como a diez cuadras; y por el camino se *Ave zancuda muy elegante.* fijó en que los teruteros, aunque casi los pisase, no se levantaban, ni le gritaban; que, de una

majada que estaba allí paciendo, no se movió ni una sola oveja cuando pasó, y que ni los mismos perros le hacían caso pues ni uno de ellos ladró cuando llegó.

Algo sorprendido, se apeó en el palenque y ató el caballo, mezclándose con la gente que allí estaba.

Había varios conocidos de él; pero vio que ninguno lo miraba, ni le hablaba, lo que le pareció por demás singular. Empezó a sospechar que la manta de vicuña, celosamente conservada por su padre, tendría alguna virtud desconocida y, saliendo al patio, se la quitó, para ver. Los perros, en el acto, empezaron a ladrar; dos o tres gauchos miraron quién llegaba; uno de ellos lo conoció y lo saludó, y todas estas circunstancias casi le quitaron las dudas que aún le quedaban sobre el valor de la prenda.

Para quedar del todo seguro de la suerte que le había tocado, aprovechó un momento en que nadie lo miraba para volverse a poner el poncho; y, aproximándose a un grupo de gauchos que jugaban a la taba, perfectamente conoció que ninguno de ellos lo veía; a tal punto que, colocándose por detrás del que iba a tirar y que estaba haciendo saltar al aire la taba, se la cazó de un manotón; se quedaron todos asombrados, y si la buscaron en el suelo, fue solo con la esperanza de convencerse, encontrándola, de que no eran víctimas de una brujería.

Honorio quedó quizá tan asombrado como los demás, pero loco de contento al pensar en el inmenso poder que le había caído en suerte.

Buen muchacho, pero de poco alcance, no pensó por supuesto, ni por un momento, sino en el provecho propio que de él podía sacar.

No tenía, por suerte, los instintos perversos de su hermano Jacinto y ni pensó en crímenes, pues no era de

aquellos a quienes el poder vuelve tiranos, pero tampoco pensó en hacer bien a nadie más que a sí mismo. Era haragán y vividor, y aprovechó la ocasión para vivir bien y de arriba; para él hubo ya siempre y en todas partes buenas camas y abundante comida, cigarros finos y copas de lo mejor. Penetraba en cualquier casa como en la propia, tomaba lo que quería y se mandaba mudar sin que nadie lo pudiera ver. No abusaba, por lo demás, porque no era malo, contentándose con quitar a algún rico algo de lo que le sobraba, sin perjudicar nunca a la gente pobre.

En ocho días se puso gordo; pero, cuando se trató de cumplir con lo prometido y de volver a la casa paterna para entregar a su dueño el poncho de vicuña, no se pudo conformar. Dejó pasar medio día, vacilando; y en el mismo momento en que ya tomaba la resolución de guardárselo, y de mandarse mudar con él, una fuerza irresistible se lo arrancó tan violentamente que su caballo se encabritó, mientras que caía en el suelo su sombrero y casi se caía él también. Por suerte, andaba solo por el campo en aquel momento y nadie lo vio, pero quedó muy desconsolado.

Tuvo que trabajar, el pobre, para comer; adiós, vida fácil y sin riesgo, a costillas ajenas; adiós, los cigarros de a veinte y las copas de lo mejor, de arriba; y sin el recurso siquiera de ir a descansar por temporadas a la casa del viejo, ante quien ya no hubiera tenido la osadía de presentarse, se tuvo que conchabar de peón en una estancia.

Conchabar
Contratar peones a sueldo.

El viejo quedó bastante triste al ver volver a su poder el poncho de vicuña sin que

se lo trajese nadie. Comprendió que tampoco era digno de llevar semejante prenda su segundo hijo y, llamando al último, Ignacio, muchacho de veinte años, se la entregó, recomendándole bien de hacer de ella un uso prudente, y de traérsela otra vez a los ocho días.

El joven se fue con el montado únicamente; iba sin entusiasmo, nada más que para hacerle el gusto al padre, quien, a pesar de quedarse solo y enfermo así se lo ordenaba.

Más que recelo, temor experimentaba al ver confiado a sus manos este poncho de vicuña que sus hermanos habían llevado, uno tras otro, y que había vuelto misteriosamente al poder de su dueño, sin que ninguno de ellos se lo hubiera traído. ¿Qué secreto, qué virtud –trágica quizá–, encerraría en sus pliegues? ¿Habrían muerto ellos? ¿Por qué, de qué modo habían desaparecido?

Recelo
Desconfianza,
temor,
sospecha.

Era tarde cuando salió, y la noche lo agarró a poca distancia de la casa paterna. Sintiéndose sin ganas de comer, ni menos de conversar con nadie, tendió su recado entre dos cortaderas altas que le brindaron a la vez colchón blando y confortable reparo, y envolviéndose en la manta se acostó.

No podía conciliar el sueño, preocupado como estaba, y, mirando las estrellas pestañear y escuchando las mil voces nocturnas de la pampa, pensaba en los peligros que quizá le valdría la posesión de la temible prenda.

La noche se había vuelto muy oscura, cuando de repente oyó un rumor de arreo que se iba acercando al

sitio donde había tendido la cama. Lo que enseguida extrañó era que parecía venir el arreo sin ese clamoreo peculiar que siempre, siquiera a ratos, tiene que acompañar la marcha de los animales para avivarla, enderezar algún porfiado, o apurar un rezagado, y hace que los habitantes de los ranchos cercanos, entretenidos en tomar mate, mientras chisporrotea el asado, enderecen las caras iluminadas por la llama rojiza del fogón, y digan, estirando los pescuezos:

—Está pasando una tropa.

La tropa que estaba viniendo, apurada sin ruido de voces, solo hacía retumbar el suelo con su pisoteo. Sintió Ignacio que pasaba cerquita de él; que eran ovejas, unas quinientas, más o menos, por el bulto, y que los tres hombres que las arreaban, dejándolas resollar un momento, se apeaban a un metro apenas de donde estaba él acostado. Extrañaba que no les hubiera llamado la atención la presencia de su caballo, atado entre las pajas, y sintió bastante inquietud al verse tan cerca de tres desconocidos, de ocupación tan sospechosa.

Pronto su inquietud aumentó al oír la conversación de estos hombres.

—Vamos bien —dijo uno—; antes de que aclare estamos en mi campo.

Ignacio quedó frío al conocer esta voz por la de un estanciero que gozaba de consideración y en casa de quien él había trabajado muchas veces.

—¿De qué te ríes, Antonio? —agregó.

—De la cara de don Salustiano cuando vea que le faltan una punta de animales —contestó Antonio.

Ignacio prestó mayor atención todavía: Antonio era conocido suyo, y don Salustiano era muy querido de su padre, por deberle este mil servicios; se prometió probarle en esta ocasión su gratitud, pero, al mismo tiempo, aunque no fuera cobarde, temblaba de caer en manos de los tres bandidos que tan cerca de él estaban que casi lo tocaban, y que, seguramente, de conocer su presencia, no lo dejan con vida.

En este mismo momento, uno de ellos, de repente, prendió un fósforo y encendió un cigarro, permitiendo esta luz viva ver a los cuatro tan juntos que cualquiera hubiera podido creer que juntos estuviesen conversando, los tres bandidos y el joven.

Este, primero, se creyó perdido, pero no se movió y los miraba ardientemente, extrañando sobremanera que ninguno de ellos fijase en él la vista.

Y habiendo relucido otro fósforo, con el mismo resultado, empezó a sentirse como protegido de algún modo sobrenatural.

Aprovechando la oscuridad, se puso de pie, despacio, con el cuchillo en la mano y esperó. Seguían ellos conversando y fumando, y otro fósforo crepitó. Estaba él en plena luz y asimismo se dio cuenta de que ninguno de ellos, aunque vueltos los tres hacia él, lo podía ver. Cruzó entonces por su mente la maravillosa verdad de que la manta puesta sobre sus hombros lo hacía invisible, y para comprobarlo, dispuesto, si no fuera cierto, a cualquier trance, tosió fuerte y, a su vez, prendió un fósforo.

Y esto bastó para que, en menos de un segundo, de los tres cómplices no quedase ni rastro. ¡Volaron!, de-

jando ahí nomás las ovejas, más asustados que si esa tos y ese fósforo hubieran sido un relámpago con trueno. Ignacio, tranquilamente, volvió a ensillar, y solo, despacio, haciendo revolear el poncho, arreó las ovejas hasta el campo de don Salustiano, donde llegó a la madrugada. Allí las dejó y, sin darse a ver, se fue.

Entró en una pulpería, con la manta en el brazo, y, después de un frugal almuerzo, se fue a dormir la siesta bajo los árboles, bien envuelto en su poncho, para que lo dejaran tranquilo.

Lo despertó el ruido de una reyerta, y sin quitarse el poncho, para que no lo pudieran ver, se acercó a los que estaban peleando. Un gaucho, a quien todos conocían por malo, armado de un facón de una vara de largo, apuraba a un infeliz, ebrio, incapaz, en ese estado, de defenderse con el cuchillo relativamente corto que llevaba. El gaucho malo estaba jugando con él, como el gato con una laucha, y ya le iba a dar el golpe fatal, sin que ninguno de los que le formaban rueda se atreviera a interponerse, cuando, con el ruido seco de un golpe, saltó por el aire el facón medio quebrado, yendo a caer en una pipa de agua de lluvia, puesta de aljibe en la esquina de la casa.

La figura del matón tan lindamente desarmado no se puede describir. Su contrario, sin pedir más, se fue, bamboleando, a esconder, pero los otros gauchos allí presentes no pudieron contener la risa, mientras el matrero, con mil esfuerzos, pescaba en la pipa al compañero de sus cobardes hazañas. Y entre las risas sonaba como campana alegre una carcajada juvenil que parecía salir a la vez de todas partes y de ninguna. Enfurecido

el gaucho, habiendo recuperado su facón, quiso vengarse de las burlas que se le hacían y se abalanzó sobre el que le pareció más débil y flojo. Pero, sin que nadie viera quién los daba, retumbaron en este momento, en sus espaldas, unos rebencazos tan bien aplicados, que, soltando el arma, se fue a guarecer en la cocina, como si lloviera.

Aseguran que fue la última vez que sacó a relucir la daga y que, en las reuniones, no hubo, desde entonces, gaucho más manso.

Ese mismo día, Ignacio, al ver que un jugador usaba taba cargada, se la cambió por otra, cargada al revés, sin que lo pudiera sospechar, aprovechando para ello una parada más fuerte, ella sola, que todas las anteriores juntas; y pudo gozar a su gusto del enojo del ladrón robado.

Y empezó a comprender que el poderoso, con solo quererlo, puede deshacer muchos entuertos y producir muchos bienes.

Un día, pasó por un pueblo, parándose en varias casas de negocio, y tanto oyó hablar de las autoridades, que pensó que, si fuera cierto la mitad de lo que se decía de ellas, podrían ir a parar todas, con gran ventaja para el vecindario, a la penitenciaría. Fue, con el poncho puesto, a dar un paseo por las oficinas; y pudo ver al comisario dando orden de traerle preso, porque sí, a un gaucho que cuidaba demasiado de cierta hacienda que le habían confiado y que codiciaba el juez de paz. Este se ocupaba en preparar una guía que permitiera a su gente llevar sin peligro a otra parte esta misma hacienda. El intendente estaba preparando de antemano

la lista de los conscriptos que debían salir “sorteados” el domingo siguiente, y el recaudador redactaba oficios amenazadores, imponiendo multas tremendas e injuras a los contribuyentes sin defensa; y, del más pequeño al más encumbrado de estos encargados del bien público, no había uno solo que no estuviera empeñado en robar dinero o hacienda, en falsear votos, en falsificar documentos, en abusar de su autoridad, en cometer, por fin, y con perfecta inconsciencia, por lo demás, los delitos más viles.

Se divirtió Ignacio en descomponerles los planes haciendoles mil diabluras. La policía, de repente, quedó a pie, con todos los caballos perdidos, robados o mancos. El juez de paz, inducido en error por un aviso misterioso, fue a caer con una hacienda robada en una celada, que le valió un escándalo terrible, y quedó el hombre arruinado por lo que tuvo que pagar.

De la caja del recaudador desapareció el importe de las multas mal cobradas, recuperándolo —nunca supieron cómo— los perjudicados; y las listas de sorteados del intendente se perdieron en el mismo momento del sorteo.

Y tantas cosas por el estilo pasaron, que ya, ni por plata, se hubiera atrevido un empleado a faltar a su deber, ni que se lo hubiera ordenado un superior. Cuando, a los ocho días, con el sentimiento de dejar todavía mucho malo por enderezar, mucho bien por hacer, volvió a la casa paterna, él, que tan bien había sabido utilizar el poncho de vicuña, no traía plata, ni había engordado; pero encontró suficiente recompensa en la bendición que le dio su padre.

Y, juntos, resolvieron quemar el poncho de vicuña, pensando que las tinieblas siempre más fomentan el crimen que la virtud, y que el bien no debe tener recelo a la luz del día.



Este cuento se publicó en *Historias improbables*.

Si te gustó...

Aniceto, el Gallo, de Hilario Ascasubi; *Las fuerzas extrañas*, de Leopoldo Lugones; *Nazareno Cruz y el lobo*, dirigida por Leonardo Favio; *El día de la marmota*, dirigida por Harold Ramis; *El espinazo del Diablo*, dirigida por Guillermo del Toro.

“Narrar para él también era saber elidir. Podría decirse que su mirada desenfocaba, pero no: enfocaba bien, lo hacía en los pequeños lugares, recalaba en ese detalle apenas perceptible y en el que siempre se acurruga el corazón mínimo de la verdad. Viajó por el interior, por Uruguay y Brasil, y más tarde por España y Marruecos. Escribió sobre todo. Y cuando estuvo a punto de caer en algún precipicio, saltó sobre las cosas del mundo con su mirada incisiva capaz de identificar de un solo golpe de ojo cosas que para muchos pasarían desapercibidas”.

Juan Mendoza

Roberto Arlt

Buenos Aires, 1900-1942

Escritor y periodista argentino, una de las figuras más singulares de la literatura rioplatense. Autodidacta, lector de Nietzsche y de la gran narrativa rusa (Dostoievski, Gorki). Se lo considera el introductor de la novela moderna en la Argentina. Para muchos, su obra más acabada es *Los siete locos* (1929), una novela sobre la impotencia del hombre frente a la sociedad que lo opprime y lo condena a traicionar sus ideales. La novelística de Arlt incluye también *Los lanzallamas* (1931) y *El amor brujo* (1932). Arlt retrató la realidad de un modo descarnado; por ello, algunos de sus libros causaron revuelo y escándalo.

El gato cocido

ME ACUERDO.

La vieja Pepa Mondelli vivía en el pueblo Las Perdices. Era tía de mis cuñados, los hijos de Alfonso Mondelli, el terrible don Alfonso, que azotaba a su mujer, María Palombi, en el salón de su negocio de ramos generales. Reventó, no puede decirse otra cosa, cierta noche, en un altillo del caserón atestado de mercaderías, mientras en Italia la Palombi gastaba entre los sacamuelas de Terra Bossa, el dinero que don Alfonso enviaba para costear los estudios de los hijos.

Los siete Mondelli eran ahora oscuros, egoístas y crueles, a semejanza del muerto. Se contaba de este que una vez, frente a la estación del ferrocarril, con el mango del látigo le saltó, a golpes, los ojos a un caballo que no podía arrancar de los baches el carro demasiado cargado.

De María Palombi llevaban en la sangre su sensualidad precipitada, y en los nervios el repentino encogimiento, que hace más calculadora a la ferocidad en el momento del peligro. Lo demostraron más tarde.

Ya la María Palombi había hecho morir de miedo, y a fuerza de penurias, a su padre en un granero. Y los hijos de la tía Pepa fueron una noche al cementerio, violaron el rústico panteón, y le robaron al muerto su chaleco. En el chaleco había un reloj de oro.

Yo viví un tiempo entre esta gente. Todos sus gestos transparentaban brutalidad, a pesar de ser suaves. Jamás vi pupilas grises tan inmóviles y muertas. Tenían el labio inferior ligeramente colgante, y cuando sonreían, sus rostros adquirían una expresión de sufrimiento que se diría exasperada por cierta convulsión interior, circulaban como fantasmas entre ellos.

Me acuerdo.

Entonces yo había perdido mucho dinero.

Merodeaba por las calles de tierra del pueblo rojo, sin saber qué destino darle a mi vida. Una lluvia de polvo amarillo me envolvía en sus torbellinos, el sol centelleaba terriblemente en lo alto, y en la huella del camino torcido oía rechinar las enormes ruedas de un carro cargado de muchas grandes bolsas de maíz.

Me refugiaba en la farmacia de Egidio Palombi.

Encalado En el laboratorio, encalado, Egidio trituraba sales en un mortero o, con una espátula en un mármol, frotaba un compuesto. En tanto que *Que tiene cal.* yo me preparaba un refresco con ácido cítrico y jarabe, Egidio decía, sonriendo tristemente:

—Esta receta me cuesta ocho centavos, y se la cobraré dos pesos y sesenta y cinco.

Y sonreía, tristemente. O, anochecido, abría la caja de hierro que en otros tiempos perteneció a don Alfon-

so, sacaba el dinero, producto de la venta del día, y lo alineaba encima del tapete verde del escritorio.

Primero los amarillentos billetes de cien pesos, después los de cincuenta, a continuación los de diez, cinco y uno. Sumaba, y decía:

—Hoy gané ciento treinta y cuatro pesos. Ayer gané ciento ochenta y nueve pesos.

Y sus grandes ojos grises se detenían en mi rostro con fijeza intolerable. Con un anonadamiento invencible me immobilizaba su残酷. Y él repetía, porque comprendía mi angustia, repetía, con una expresión de sufrimiento dibujado en el semblante por una sonrisa:

—Ciento treinta y cuatro pesos, ciento ochenta y nueve pesos.

Y lo decía porque sabía que ya había perdido mi fortuna. Y ese conocimiento le hacía más enorme y dulce su dinero, y necesitaba verme pálido de odio frente a su dinero para gozarse más sabrosamente en él.

Y yo me preguntaba:

—¿De quién le viene esta ferocidad?

En un automóvil de seis cilindros me llevaban a casa de su tía Pepa, la hermana de su padre. Allí comía, para no gastar en el hotel, y la vieja, recordando el egoísmo de su difunto hermano, se regocijaba en esta virtud del sobrino.

Cuando yo llegaba, la tía Pepa me hacía recorrer su caserón, abría los armarios y me mostraba rollos de telas, bultos de frazadas y joyas que ella regalaría a sus futuras nueras y conducíame a la huerta, donde recogía

Anonadamiento
Desconcierto,
asombro.

ensalada para el almuerzo o me mostraba las habitaciones desocupadas y la sólida reja de las ventanas.

Si no, hablaba, interrumpiéndose, tomándose de un

_____ brazo y clavando en mí sus implacables ojos grises,

Implacable más grises aún en el arco de los párpados. Y

Que no puede a espaldas del sobrino, me contaba de su her-

suavizarse, que

es muy duro.

mano muerto, de su hermano que yo compren-

día había robado en todas las horas de su vida,

para dejar un millón de pesos a los hijos de María Palombi.

La vieja vociferaba:

—Y esa perra tiró todo a la calle.

Cuando nombraba a su cuñada, la tía Pepa masticaba su odio como una carne pulposa, y exaltándose, contábame tantas cosas horribles, que yo terminaba por sentir cómo su odio entrábase a tonificar mi rencor, y ambos nos deteníamos, estremecidos de un coraje que se hacía insopportable en el latido de las venas.

Y yo me preguntaba:

—¿De dónde les viene a esa gente un alma tan sucia?

_____ Y a veces creía en la herencia trasegada de la

Trasegada María Palombi y otras en la continuidad del

Trastornada, terrible don Alfonso Mondelli. Después com-

desordenada.

prendí que ambos se completaban.

Esta historia explicará el alma de los Mondelli, el egoísmo y la crueldad de los Mondelli, y su sonrisa, que les daba expresión de sufrimiento, y su belfo colgante

_____ como el de los idiotas.

Belfo

Labio in-
ferior más
grueso que
el superior.

Y esta historia me la contó, riéndose, el hijo de la tía Pepa, aquel que fue una noche al cementerio a robarle el chaleco al padre de María Palombi.

La tía Pepa tenía gallinas en el fondo de la casa, y junto al brasero, siempre acurrucado a su lado, un hermoso gato negro.

Cuando una de las gallinas se “enculecó”, la tía Pepa consiguió una docena de “verdaderos” huevos catalanes.

Más tarde nacieron once pollitos, que iban de un lado a otro por el patio de tierra, bajo la implacable mirada de la vieja.

Vigilándolos, el gato negro se regodeaba, enarcando el lomo y convirtiendo sus pupilas redondas en oblicuas rayas de oro macizo.

Una mañana devoró un pollo, y estropeó a otro de un zarpazo.

Cuando la tía Pepa recogió del suelo la gallinita muerta, el gato, soleándose en la cresta del muro, malhumorado, la espiaba con el vértice de sus ojos.

Doña Pepa no gritó. Súbitamente amontonó en ella tanta ira, que, desesperada, fue a sentarse junto al brasero.

Al mediodía el gato entró al comedor. Se deslizó prudentemente, atisbando el ojo gris de la patrona, y deteniéndose a los pies de la mesa, maulló dolorosamente.

La tía Pepa le arrojó un pedazo de carne asada.

Después de que los muchachos salieron, la vieja tomó una lata vacía, en cuya tapa circular hizo varios agujeros, y la llenó hasta la mitad de agua.

Preparó también cierto alambre, de esos que se utilizan para atar los fardos de pasto, y llamó al gato con voz meliflua. Este se deslizó como a mediodía, pruden-

Enculecó
Encluecó, se
puso clueca;
gallina que
está empolla-
ndo o en
período de
empollar.

te, desconfiado. La tía Pepa insistía, llamándolo despacio, golpeándose un muslo con la palma de la mano.

El gato maulló, quejándose de un desvío, luego,
— acercose, y frotó su pelaje en la saya de la vieja.

*Saya
Falda,
pollera.* Bruscamente, lo metió en el tacho, con los alambres ató la tapa, echó más carbón en el brasero, colocó la lata encima, y tomando la pantalla, suavemente, movió el aire para avivar el fuego.

Y sentada allí, la tía Pepa pasó la tarde escuchando los gritos del gato que se cocía vivo.



Este cuento se publicó en *Cuentos completos*.

Si te gustó...

Pájaros en la boca, de Samantha Schweblin; *La noche del inocente*, de Angélica Gorodischer; *Señorita*, de Hebe Uhart; *El exorcista*, dirigida por William Friedkin; *Vértigo*, dirigida por Alfred Hitchcock; *Carnivale*, creada por Daniel Knauf.

“Lo escribí a fines de la década de 1970 y lo entregué para su publicación en Música japonesa en marzo de 1982. La guerra vino a estropear el efecto esperado de una alegoría de las marchas de los jueves de Plaza de Mayo”.

Rodolfo Fogwill

Rodolfo Fogwill

Quilmes, 1941–Buenos Aires, 2010

Escritor y sociólogo argentino. En 1979 creó la editorial Tierra Baldía, que publicó las obras de los escritores Osvaldo y Leónidas Lamborghini y también su propio libro de poemas *El efecto de realidad*. En 1992, con la publicación de su libro de cuentos *Muchacha punk*, empezó su fama como narrador. La novela *Los Pichiciegos*, ambientada durante la guerra de las Malvinas, es una de sus obras más conocidas.

Los pasajeros del tren de la noche

NADIE CONOCE BIEN CÓMO SE INICIÓ. LA PRIMERA noticia se conoció un jueves, pero eso no demuestra nada: las cosas pudieron empezar días o semanas antes de aquel jueves de diciembre, cuando el mayorista de cigarrillos y el vendedor de diarios de la estación dijeron que volvían los soldados y que esa mañana de comienzos de verano, ellos mismos, juntos, habían visto con sus propios ojos a Diego Uriarte bajando del tren que lleva los tarros de los tambos y trae los diarios del día anterior y los paquetes con los pedidos de los comerciantes.

Jiménez, del quiosco de revistas, y el cigarrero Kentros hicieron correr la noticia esa misma mañana y por eso en el pueblo creen que fue aquel día que comenzaron a volver, pero todo bien pudo haber comenzado antes, el día anterior, o el jueves anterior, en otro tren, o en el mismo tren, que es el que llega de madrugada y sale de la Capital justo cuando oscurece y por eso lo llaman el tren de la noche.

Que habían visto a Diego Uriarte bajar del tren de la noche. Que vieron cómo se despedía de unos soldados

con yesos y vendajes que se amontonaban en el segundo vagón y que saltó al andén desde el furgón postal y que después bajaron otros dos con ropa de soldados. Que uno de ellos debía ser Miguel Sanders, cree el del quiosco y que al otro, uno negro y menudo, ninguno de los dos lo reconoció, ni Jiménez ni Kentros.

Eso contaron y dijeron haber visto cómo los tres muchachos se despidieron de los que iban en el vagón y miraron hacia el pueblo ya iluminado por el sol pero con las luces eléctricas de la plaza de la estación y de algunas vidrieras de los negocios grandes todavía encendidas.

Los tres muchachos se separaron enseguida y tomaron cada uno para su lado: Uriarte, por la calle principal, hacia su casa; el morocho que no era conocido tomó el camino de la vía para el lado de las quintas, y el otro, el que Jiménez dijo debía ser Miguel Sanders, cruzó los terraplenes y enfiló para el lado de la mina de cal. Kentros a ese no lo reconoció, pero bien pudo ser el muchacho de Sanders, porque los Sanders viven atrás de la loma blanca, pasando la mina de cal, y para llegar a la casa de la madre de Sanders es obligado tomar aquella dirección.

Y esa mañana comenzó todo. A saberse comenzó todo, pero bien pudo haber comenzado antes, días atrás o semanas atrás. Esa mañana se lo comentó mucho porque los dos que estaban en la estación esperando la llegada del tren reconocieron al Diego entre los tres soldados que volvían, y Diego Uriarte era un muchacho muy querido de todos, porque era el hijo del patrón del buffet del Club Social donde funcionaba el casino,

porque había sido capitán del equipo de básquet y campeón de pelota y porque en el pueblo se daba por seguro que Diego Uriarte había muerto en el frente hacía dos años y hasta le hicieron unas misas. Por eso, más que por otra cosa, corrió la voz y todos se acuerdan del día y suponen que los soldados comenzaron a volver aquel jueves 5 de diciembre.

Claro que nadie le iba a contar a Diego que lo estuvieron dando por muerto y que hasta le habían hecho misas. Él ha de haber llegado a la casa del padre, se habrá quitado para siempre la ropa militar y en medio de la alegría de la familia y de la impresión por verlo vivo y de vuelta, nadie ha de haberle comentado nada y se habrá ido a dormir, cansado por el viaje, contento de acostarse por fin en una cama limpia después de tanto tiempo.

Por el centro, a la vereda de la confitería y a las mesas de juego del Club Social recién se lo vio aparecer en la tarde del sábado, cuando ya todos conocían que estaba vuelto al pueblo y se estaban empezando a olvidar los homenajes y las misas.

Aunque después no pudo haber faltado alguien que por curiosidad, o por hacer un chiste, hablara de las misas con él, o con los otros que siguieron llegando. Con Sanders no. Los Sanders viven del otro lado de la sierra, más allá de la mina de cal, y casi nunca bajan a este pueblo; hacen compras en el almacén de campo de Santiago Nasar y para fiestas y para bailes se van al otro pueblo, donde la madre de Sanders tiene las hermanas y los hijos le estudiaron la escuela primaria. Pero a Diego Uriarte o a cualquiera de los que volvieron después,

no ha de haber faltado algún curioso o un bromista que les hicieran entender que todos en el pueblo, hasta las propias madres, los habían estado dando por muertos.

Hay cuestiones de lógica: la madre de Federico Ortiz consta que recibió telegramas de pésame mandados del ejército, con los bordes del papel teñidos de negro, y que después le vino un cheque con la indemnización que le pagaron en el Banco Provincia. Si no todas, bastantes madres han de haber recibido cheques o telegramas por los parientes muertos. Es algo lógico: tarde o temprano, la madre de Ortiz, o la de Uriarte -si también ella recibió telegramas o cheques- o cualquier otra madre que hubiera recibido cheques o telegramas, debió hablar con el hijo de la cuestión, y más de una habrá andado pensando si la plata del cheque -unos pesos miserables- no iría a empezar a reclamársela el gobierno.

Pero no consta que la madre de Ortiz ni alguna de las otras lo hayan hablado con los hijos, ni con las amistades de ellas ni de los hijos. A la cuestión de los telegramas y los cheques se la callaron, tal como se callaron muchas cosas las madres. ¿O fue que adivinaban todo desde el comienzo...?

Al comienzo fue el tren del 5 de diciembre, el primer caso que se conoció, aunque todo bien pudo haber comenzado antes. Después, durante aquel verano, los trenes de la noche del miércoles, que llegan siempre entre las cinco y media y las seis menos cuarto de la mañana de los jueves, siguieron dejando soldados de vuelta y muchas madres de soldados, que sabían que a los hijos los iban licenciando, se ponían desde temprano en los andenes a esperar y esperaban, y después, cuando el tren

seguía viaje trepando despacito la cuesta de la sierra baja, quedaban en el andén un montón de mujeres llorando alrededor de unos pocos soldados muertos de sueño. Todas llorando: unas de emoción porque acababan de recibir al hijo; otras porque se habían puesto a esperar que de ese tren bajara el hijo que no le había llegado.

La guerra tiene esas cosas, y las madres, que son tan resignadas para traer hijos al mundo y para servir a los hijos de ellas y a los hijos de otras, no saben resignarse cuando les faltan los hijos y siguieron yendo al andén de la estación a esperar y esperar, muchas con los maridos, o con los otros hijos civiles o con nueras y nietos, y así los jueves desde temprano se producían montones de gente esperando la llegada del tren de la noche.

Aunque las últimas semanas, para marzo, o abril, cuando vino la época de las lluvias, muy pocas madres esperaban.

El último soldado llegó a fines de abril, solo. Fue Sergio Guebel, hijo de los judíos de la semillería. En la estación estaban nada más que la madre de él, unas vecinas, la chica que había sido la novia y Jiménez y Kentros, el cigarrero, que hablaban de la guerra con el padre de Sergio y contaron que el viejo fumaba un cigarrillo atrás del otro en el andén, empapado por la lluvia, esperando.

Parece que Sergio Guebel bajó desde el segundo vagón, besó a la madre que lloraba llorando también él, no tanto por encontrarse con la familia sino por despedirse de los soldados que venían en el vagón con él, que habían hecho con él toda la guerra juntos y seguramente se bajarían en otros pueblos, en los últimos ramales de este ferrocarril.

A la madre de Guebel no le habían dado pésame ni cheque. En cambio le había llegado una carta del Comando con felicitaciones porque el hijo, decía la carta, había tenido una acción heroica contra unos tanques. Verlo después a Guebel, con su uniforme holgado y viejo, los borceguíes deslucidos, sin medallas y sin siquiera una jineta de cabo o de sargento, hacía pensar que el telegrama decía eso como pudo haber dicho cualquier otra cosa.

—Con todo lo que pasó, ¿quién va a ser tan boludo como para creer lo que digan los telegramas...? — pregunta Emilio Renzi, que justo había ganado el Telelotto y salía de depositar el cheque en el correo cuando se lo cruzó a Guebel.

Eran los días en que el pobre Sergio andaba como un pavote por el centro, con disfraz de soldado porque el viejo todavía no le había comprado la ropa nueva ni lo había puesto a trabajar en la camioneta, donde todavía hoy se lo ve cargando bidones con herbicida, y bolsas de semillas y de comida balanceada para chanchos.

—Con la bronca del cheque y de todo lo que me descontaron y de los tres días que tenía que esperar para que me lo cambiaran ni me acordaba de la guerra. Salgo del correo, enfilo para la Municipalidad y lo veo ahí, parado como un muñeco... ¡Casi me caigo de orto...!

Siempre cuenta lo mismo el Renzi, que salió del correo, casi se cae de culo, y que aunque le hubieran hecho la cara de nuevo y cambiado la voz, igual lo hubiera reconocido al ruso por los chistes boludos: afortunado en el juego, desafortunado en el amor, dice que le dijo Guebel como jactándose de estar al tanto de todos los chismes del pueblo.

La guerra es una cosa llena de errores. Por ejemplo: en la batalla del 22 de agosto, artillería necesitaba bombardear una fábrica Dupont clausurada donde los enemigos almacenaban municiones y remedios y bombardearon otra fábrica, la Dinam, porque en el plano viejo de la ciudad que estaban tratando de ocupar figuraban equivocados los nombres de las fábricas. Quién sabe cuántos que estaban trabajando en la fábrica habrán muerto por el error de un dibujante que copió mal la guía de la Capital. ¡Cientos, o miles de personas inútilmente muertas por un error del plano...! El cañoneo de la fábrica Dinam es un ejemplo: tanta destreza de los artilleros y tanto estudio para volver escombros una fábrica equivocada.

Pero la gente se acostumbra, se amolda. Lo mismo en las ciudades grandes, como en los pueblos chicos y en los pueblos medianos como este, se amolda. Cayetano Sain, que hizo una fortuna como revendedor de flores de las quintas, lo explica así:

—Yo estaba tratando de dejar de tomar. Tomaba todo lo que quería en las comidas —tomaba vino—, pero no probaba un vermouth ni una gota de alcohol fuera de las comidas. Un sábado fui a la confitería, a la parte de atrás, y me senté en la mesa de Jesús Noble, otro de los soldados vueltos. Ya había pasado mucho tiempo de la época de las llegadas del tren de la noche, pero a Noble no lo había vuelto a ver. Lo saludé como si nada. Él estaba amistoso conmigo, pero también me saludó como si no hubiésemos pasado más que una semana sin vernos. Quién sabe fue casualidad, quién sabe él, de tanto ver gente en la confitería, pensó que me había

vuelto a ver también a mí. Tomaba vino blanco, yo me prendí. A la segunda vuelta ya estábamos contando cuentos y hablando de pavadas. Creo que tomé como diez vasos de vino, que no me hicieron nada. Él tomaba a la par, igual que yo. Estaba medio borracho, le costaba levantarse de la mesa y cuando hablaba medio se le trababa la lengua. Pero para mí fue como sentarme con cualquier otro, como si hubiera estado mi capataz Rogelio en vez de él en la mesa. Se hace una cosa natural...

Porque las costumbres pueden más que cualquier otra cosa. Según Pugliese, el martillero, las costumbres siempre acaban ganando. Cuenta que un día estaba con su socio viendo una chacra y que Avelino, el socio, quería ir a visitar a un cliente, pero él tenía que volver a la ciudad, entonces le dejó el auto porque Quirós, otro de los soldados vueltos, le ofreció arrimarlo con su camión, un Scania.

Dice Pugliese que se sentó en el Scania y que no se hubiera acordado de nada si no fuese porque notó que en el parabrisas, colgada de la visera que en el camión se usa para tapar el sol, había una medallita de la guerra, esas de níquel con Cristo Vencedor y la cara del General grabada. Dice que se acordó, y que por un momento hasta sintió impresión:

—Acuérdense —dice— que yo era de la comisión del templo, así que estuve en todas las misas, contando la de él, la de Quirós.

Pero Pugliese se entretuvo tanto hablando con Quirós sobre radios y cosas de radioaficionados que se olvidó de todo enseguida y era como si el que manejaba el

Scania fuese su propio socio, Avelino, y no un soldado vuelto.

—Y ojo, que yo ya sabía, por la comisión de la parroquia, de lo que había pasado en los otros pueblos... —aclara Pugliese.

Aunque uno sepa todo, lo que más pesa es lo que hacen los otros: lo que los otros le colocan frente a los ojos es la verdad y lo demás no cuenta. Hasta Torraga, que no quería que su hija se casara con Horacio, un soldado vuelto con el que había ennoviado de chica, lo reconoce:

—No es que pensara que mi chica no lo quería, o que el muchacho fuera malo. Pero cuando Horacio, que venía siempre a casa, me pidió de casarse con ella, le dije que lo necesitábamos pensar, porque yo ya había visto que la hija de Orlando se había casado con uno de los vueltos hacía tres años y no había tenido hijos. Y la partera, la viuda del doctor Álvarez, que después se casó con ese otro soldado vuelto, Márquez, hacía dos años que quería encargar y no quedaba, y eso que era partera. Era por ese miedo, no por desprecio del muchacho, por lo que le pedí que lo tenía que pensar. Pero hoy en día nadie puede oponerse a que los jóvenes se casen, y si el padre se opone, es peor, se encaman en los moteles de la ruta y los sábados cuando pasa por ahí los ve llenos de gente joven que va en los autos de los padres y uno mira la fila de coches estacionados y ya sabe quiénes están ahí revolcándose como perros alzados...

Así son las costumbres y la gente se amolda, y más que lo que cada uno puede saber importa lo que los demás le muestran. Ahora se acepta que los jóvenes saquen el auto de los padres y se vayan con las chicas del

pueblo al motel de la ruta, a medianoche, los viernes y los sábados, y los mismos que cuando estaban de novios con la que ahora es su mujer ni se les hubiera cruzado la idea de hacer esas cosas dejando el auto a la vista de todos, frente a la ruta, ahora permiten que las hijas vayan al motel como si fueran a una kermesse. Y uno como Pugliese, que estuvo en la misa que le hicieron a Quirós, puede tranquilamente irse a cazar liebres con Quirós y hasta Avelino sabe perderse las noches jugando al póker con Diego Uriarte, que no se casó y se volvió un timbero empedernido que deja en las mesas de monte todo lo que durante el día se gana atrás del mostrador, en el buffet del mismo club.

Tampoco ellos han hecho nada para llamar la atención. Nadie habla de que hayan disimulado, pero tampoco se ha visto que naciera de ellos algo que llame la atención de la gente, como si ellos mismos hubiesen sabido –tal vez sabían– que con el tiempo todo el pueblo daría por natural tenerlos con ellos, a fuerza de amoldarse.

Alguna vez se los ve juntos, de a dos, de a tres, por esas casualidades que suceden. Marina Echagüe una vez fue a la carrera de autos para llevar a los alumnos y vio que en la curva, donde la mayoría de los muchachos jóvenes quiere ponerse para ver cómo los autos preparados entran a toda máquina, clavan los frenos, rebajan a segunda y salen derrapando, estaba Federico Ortiz, que cerca suyo estaba Diego Uriarte con una barra de hombres del club social, y a un paso de allí vio a Juan Molina, que también es uno de ellos. Tal vez fuera casualidad, pero dice Marina que cuando la gente se

adelantó para sacar el coche de Rubolino que se había ido contra los alambrados, los tres –Diego, Juan y Rubolino– quedaron juntos hablando entre ellos y que, aunque había pasado tanto tiempo, eso daba impresión.

Hay veces –fiestas de bautismos, inauguraciones de negocios, casamientos– en las que en un lugar cerrado se encuentran dos o más de ellos, y entonces no ha de faltar quien los mire hablar y divertirse entre ellos y vuelva a pensar. Mucho se pensó cuando se supo que esto no había pasado en otros pueblos. La noticia llegó por gente de la parroquia, que fue a una asamblea en Coronel Insúa, habló el tema y los de Insúa se asombraron, y entonces se pusieron a averiguar y todos terminaron sabiendo que nada más a este pueblo habían vuelto todos los soldados. En esos días dio curiosidad de mirar qué hacían ellos, si cabildeaban juntos, o comentaban entre ellos algo, pero nadie les notó nada diferente. Una vez más –se ve– confiaron en que con el tiempo también el hecho de que esto nada más ocurriera en el pueblo se lo iban a olvidar.

Y tuvieron razón, porque con los años todo se olvidó. En un tiempo en el que muchas parejas se ponen a edificar casas, a hacer viajes afuera y pasan la noche en fiestas para copiarse las costumbres y hacerse ver la ropa y mirarles a los otros la ropa o las cosas nuevas que siempre estrenan, las parejas sin hijos son cada vez más comunes y no es raro que ellos, que no son más que una parte de tantas parejas sin hijos que se la pasan mostrándose la ropa, tampoco tengan hijos. Total, chicos siempre siguen naciendo.

Los que nacieron el verano cuando la vuelta de soldados comenzó deben andar ahora por los diez años de edad y seguro que no saben nada de ellos. Para estos chicos, todo lo de la guerra es un cuento de viejos y cuando hablan con uno de ellos, cuando por caso, los sobrinos de Ortiz o de Vigliani se quedan con el tío, juegan como si estuvieran con cualquier otro y los tíos los alzan en brazos, o los llevan al circo o al cine cuando hay películas permitidas como cualquier tío del pueblo se ocupa de los sobrinos chicos. Así, estas criaturas crecen sin saber nada, iguales que los grandes, que saben, pero que andan por ahí sin darse por enterados de lo que estuvo pasando todos estos años.

Por eso nadie los va a enterar, y los chicos van a crecer, van a vivir, van a hacer otros hijos y se van a morir sin saber estas cosas, aunque muchos se las escriban y las guarden para ver si pasados los años a alguien le puede interesar. Morizzi es profesor en el colegio: llegó como suplente por unos meses, se entusiasmó y se quedó en el pueblo. Tiene diploma de filosofía, le gustan las letras y se pasa los días libres y las vacaciones juntando escritos de la gente y armando los concursos de la Secretaría de Cultura del municipio. Él puede confirmar esta impresión de que los chicos de ahora nunca van a saber lo que pasó.

—Es —dijo una noche en el bar— como con los peces: podrán saber de todo, pero lo último de lo que un pez se entera es de que vive en el agua...

—Hasta que alguien lo pesca... —razonó el turco.

—Claro —contestó él—, pero entonces ya es un pescado, y poco le va a servir saber que se pasó la vida en el agua...

Cuando no hay viento, en las noches sin viento de verano, y también en invierno, antes de las tormentas, desde cualquier lugar de la ciudad se puede oír el paso de los trenes. A las doce pasa el Norteño, iluminado, porque siempre va llevando turistas de lujo que justo en el momento de cruzar por el pueblo están de sobremesa en el gran coche comedor. A la una y media pasa el Rápido, un tren de carga que viene vacío y que a pesar del nombre llega despacito para enganchar sin riesgo el cambio de las vías. A las cuatro está el Mixto, que sale a las seis de la tarde desde la Capital, con vagones de carga y otros de pasajeros. Ese no para en el pueblo, pero el guarda saluda hamacando el farol verde y colorado cuando cruzan por la casilla del señalero que le hace los cambios. Todo el pueblo conoce y sabe oír esos trenes y a veces da el temor, al despertar sobresaltado a medianoche, que un tren que llega de repente no sea el Norteño, ni el Mixto ni el Carguero de las cuatro, y pueda ser un Tren Nuevo, viniendo en dirección contraria que se pare en el pueblo dando una larga pitada triste y vaya arrancando despacito, en dirección hacia la Capital, y se los lleve a todos, otra vez, para siempre.



Este cuento se publicó en *Cuentos completos*.

Si te gustó...

Los Pichiciegos, de Rodolfo Fogwill; *Cementerio de animales*, de Stephen King; *El orfanato*, dirigida por Juan Antonio Bayona; *Espejos siniestros*, dirigida por Alexandre Aja; *Constantine*, creada por Daniel Cerone.



La biblioteca Libros y Casas

- **90 minutos.** Relatos de fútbol
- **Todo queda en familia.** Textos de humor
- **Cosas imposibles.** Cuentos fantásticos y de terror
- **Bajo sospecha.** Relatos policiales
- **Palabra de mujer.** Crónicas sobre mujeres argentinas
- **Amores argentinos.** Historietas sobre cuentos y novelas de amor
- **Mucha, mucha poesía.** Tres siglos de poesías y canciones
- **Hubo una vez en este lugar.** Mitos y leyendas de este lado del mundo
- **Animales rimados y no tanto.** Poesía para chicos
- **Brujas, princesas, y pícaros.** Cuentos clásicos infantiles
- **Constitución de la Nación Argentina**
- **El Nunca más y los crímenes de la dictadura**
- **Manual de las mujeres.** Guía de derechos, salud reproductiva, familia y trabajo para adolescentes y mujeres adultas
- **Manual del hogar.** Guía para el mantenimiento de la casa y la prevención de accidentes domésticos



Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

Un hecho casual nos sorprende, nos perturba y nos obliga a preguntarnos hasta dónde llega nuestra percepción. Entonces dudamos, nos inquietamos. La duda es la esencia de lo fantástico y nace de la incógnita que cualquier relato fantástico deja siempre colgando en el aire, como un hilo de seda que jamás lograremos atrapar. Todos los autores de esta antología generan en sus cuentos mundos propios que toman elementos de la realidad para presentarlos en un nuevo orden. Así es como logran modificar los límites de nuestra percepción arrastrándonos hacia el otro lado del espejo, donde habita todo lo que no cabe en nuestra frágil vida cotidiana.

